

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

Licenciatura en Creación Literaria

EL VIAJE

Novela que presenta María del Rocío Contreras Cruz
para obtener el título de licenciada en Creación Literaria

Director de trabajo recepcional: Dr. Javier Díaz Perucho

México, D. F. Agosto, 2012

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Sínodo: Armando Alanís, Héctor Carreto, Javier Perucho, Adriana Azucena Rodríguez y Jezreel Salazar.

DR © María del Rocío Contreras Cruz, 2012

Correo: corosy_cruma@yahoo.com.mx

AGRADECIMIENTOS

A ti:

Él que permanece y está.

Por la llegada del viajante.

A mis padres:

Agradezco su amor incondicional.

Los años de la desesperanza y la agonía,
las sonrisas recuperadas, el inicio de nuestra
historia y las ganas de volver a soñar.

A mis hermanos:

Alex,

Por los sueños compartidos.

Agradezco la lectura atenta
de mi novela, los comentarios
y el apoyo incondicional.

Ángel,

Por la invitación al comienzo
de cada día: alegría y más sueños...

Abuelos y tíos:

Por sus motivaciones.

A mis amigos y compañeros:

Por compartir conmigo la alegría de mis logros.

El ánimo y motivaciones para este proyecto.

A los Pbros. Armando Calvillo y Víctor Manuel Flores:

Por abrir la puerta: compartir la mesa,
la taza de café y el pan de vida.

Al doctor Javier Perucho:

Agradezco desde antes de este manuscrito
la escucha atenta a mis inquietudes académicas,
el apoyo y reconocimiento de mi buen desempeño
como estudiante. Así como el espacio brindado para
escribir a solaz y su motivación que reanimó
mi espíritu creador para dar continuidad a *El Viaje*.

A mis profesores antes de la universidad y durante ella:

Doy gracias por los conocimientos, las orientaciones y
herramientas compartidas en mi formación como
estudiante y creadora literaria. A quienes con su entrega
profesional me motivaron a responder con compromiso.

A la UACM y el ICYTDF:

Por la beca otorgada durante el semestre 2011-I,
la cual permitió la consolidación de este proyecto.

ÍNDICE

Agradecimientos	3
I. El viajante	6
II. La trampa	21
III. Intuir	28
IV. Seguir la carretera	33
V. El cuarto	42
VI. En recuperación	51
VII. Tiempo atrás	59
VIII. Día de plaza	67
IX. De regreso	79
X. Sacramento	91
Decálogo del novelista iniciado	105
Bibliografía	121

I

EL VIAJANTE

Las malas noticias son las primeras en llegar, no importa qué tan lejos me encuentre. No puedo rehuir a las desventuras que la vida presenta, esta vez nos tocó a nosotros. Regreso a casa lleno de aflicción e inquieto por la salud de la tía. Hubiese preferido volver con el rostro de la victoria lograda por el cumplimiento del máximo sueño por el cual salí del pueblo. Aún quedaba tiempo para conseguirlo; entonces, cuando las cosas mejoraran, estaría de vuelta en Sacramento, después iba a regresar definitivamente al hogar familiar, con la frente en alto y sin ninguna derrota para decir que valió la pena.

En menos de dos años el pueblo se urbanizó: encuentro las calles pavimentadas, casas bien construidas, aplanadas y con bardas. Los zapatos ya no se empolvan, sonrío gustoso al ver que mi calzado mantiene su brillo mientras camino. Me detengo cerca de la vía, contemplo la vegetación, los árboles crecidos, el cerro que sigue intacto. Hace años el tren pasaba por aquí, ahora sólo transitan los carros sobre esta carretera. Tan sólo en un día cuántas cosas no han de cambiar, me digo. Continúo caminando. Cerca de las casas vecinas a la mía, en medio del paso principal, juegan unos niños al balón, lo pasan con la mano, lo patean, una niña lo arrebató a otra, vacilan, entre el griterío reconozco a Sagrario, la hija de Chabela: está gorda, alta y chapeada, no dudo que es ella, pues su cara sigue siendo tan parecida a la de una muñequita. Los hijos de ella son ahora unos adolescentes.

La puerta de la casa está entreabierta. Entro anunciando que he llegado. Mis padres me reciben con un abrazo. La emoción que mi madre tiene por

verme la hace llorar. Martín viene de la calle, trae en las manos un bonche de tortillas, arrebatadamente las deja sobre la mesa, lo abrazo, sus ojos se empañan. Nos sentimos contentos por estar otra vez reunidos y constatar lo que por teléfono nos hemos dicho: “Estamos bien, hijo.” “Estoy bien, mamá.” Llego justo a la hora de la comida. En cuanto calmamos nuestras emociones pasamos a la mesa, comemos y hablamos sobre el estado de salud en el que se encuentra la tía.

—Felipa agravó y la llevamos a internar. Había empezado con una infección en los riñones, después se le complicó con la presión alta y su diabetes —explica mi madre.

—Antier que la hospitalizaron me dijo que sentía que se iba a morir, que le llevara a Juan. Vi muy mal a mi hermana, apenas y podía hablar, no sé qué vaya a pasar —dice mi padre, pensativo—. Tienes que localizarlo, Joel.

—¿En dónde está? —pregunto.

—Hace tres semanas que se fue a la ciudad de México. ¿Qué suerte tendrá? No hemos sabido nada de él. El día que se nos puso muy mal tu tía, llamó pero no nos encontró, estábamos en el hospital —dice mi madre con angustia.

—¿Dejó algún número telefónico? —pregunto dirigiéndome a Martín.

Mi hermano explicó que la noche en que llevaron a internar a la tía, Juan llamó, Sagrario vino a avisar para que atendieran la llamada, tocó recio, dijo, pero nadie salió. Mi primo dictó a Chabela el número telefónico del lugar donde se estaba quedando; después volvería a comunicarse. Por la mañana, cuando mis padres y mi hermano regresaron a casa, recibieron el recado.

—Chabela lo tiene, dijo que luego fuera para que me lo anotara —responde Martín.

—Voy a llamar a Juan —les digo y salgo hacia la caseta.

Llamo a mi primo, pero no logro localizarlo. Le dejo dicho con la persona que contestó que se comunique al pueblo, es urgente. Digo a mis padres que sólo debemos esperar, en algún momento recibiremos noticias de Juan, la tía se encuentra internada, no tiene caso ir al hospital; según mi padre, el doctor le dijo que volvieran hasta mañana, a la hora de la visita. Platicamos sobre el tiempo que tengo para regresar a mi trabajo.

Sagrario llega muy sofocada, toca bruscamente el zaguán, vino corriendo a avisar que Juan llamó y volverá hacerlo en veinte minutos. En cuanto la hija de Chabela da el recado, salgo apresurado atrás de ella, hacia la tienda. Espero sentado sobre una banca de madera.

Por Chabela parece que los años no pasan, su cabello aún luce negro. En cambio a Pascual, su esposo, se le ha encanecido, se ve más viejo que ella. El teléfono suena.

—Es para ti, muchacho... de México. Salúdame a Juanito —dice Chabela mascando un chicle.

Juan está sorprendido con mi regreso a casa, de igual manera yo con su partida al Distrito Federal. La semana pasada, cuando me comuniqué con mi familia, supe que la tía Felipa enfermó y que su hijo se había ido poco antes a trabajar a la ciudad de México, así que no contaba con más apoyo que el nuestro. “Es la hora en que no sabemos de tu primo”, dijo muy angustiada mi mamá. No sabían qué hacer, cómo localizarlo para que se regresara. Yo tuve que solicitar un permiso en el trabajo para venir a ayudar a mis padres con esta situación.

Todo hubiese sido diferente si Juan no hubiera dejado el pueblo. Por fin estamos comunicados, le hablo del estado en el que está la tía. La noticia lo sorprende, pues afirma que el último día que la vio no parecía enferma, no se percató de ningún malestar. Juan llevaba tres semanas en la ciudad y apenas encontró trabajo en un lugar llamado Xochimilco, así que no cuenta con la paga de su primer sueldo. Quién le puede prestar dinero si no lo conoce nadie.

—Comprendo tu situación pero debes venir. Tengo algo ahorrado. Yo iré por ti.

—¡Gracias, Joel! En cuanto me reponga te lo voy a pagar —la voz se le quebranta.

Nos ponemos de acuerdo. Le pido prestada a Chabela una hoja y un lápiz. Anoto la dirección que Juan me dicta.

—Así quedamos —cuelgo el teléfono.

Pago a Chabela la cuenta por los recados y las llamadas. Voy a casa para preparar las cosas que debo llevar al viaje.

He comunicado a mis padres que debo ir por Juan a la ciudad, explico que no tiene dinero pues apenas comenzó a trabajar, no me dio detalles aunque me ofrecí a recogerlo cerca de su trabajo. Mi madre se angustia y lo compadece. Prepara algunos víveres para él: latas de comida que guarda en un mueble de la cocina y una cobija nueva de lana que saca de su cuarto.

—Ayúdame, Martín. Ponlas en la mesa.

—Sí, mamá —dice.

—Joel, le vas a llevar esto a tu primo —indica mi madre.

No contradigo su orden, pues sé que su acto la hace sentir más tranquila porque Juan tendrá alimento para no malpasarse y una cobija caliente que lo

cubrirá del frío. Sé que mi madre hace esto para que mi primo no gaste y menos ahora que no tiene ni un solo peso. Dice que cuando venga le dará otras cosas para cuando regrese a su trabajo. Después de cenar, nos retiramos a dormir.

La noche está iluminada por un cielo estrellado y una luna resplandeciente, la serenidad que hay en ella hace que sienta un descanso interno, descanso que en varios meses no tengo. El trabajo en el restaurante es agotador, desde muy temprano comienzo la rutina interminable de cada día, entre lavar platos, limpiar pisos, mesas, sillas y ventanas, pasan las horas y termino sin aliento para asearme a mí mismo.

Acostado en la cama alcanzo a mirar por la ventana la tarde soleada que concluye. Trato de dormir pero no logro conciliar el sueño, debo despertar a las 4:00. Vuelvo la vista a la ventana por un tiempo que no me importa contar, cierro los ojos y quedo con la imagen del cielo oscuro y los destellos de la luna iluminando una rama del chabacano que hay afuera. Despierto al oír cantar el gallo, me pongo de pie. Aún encamorado comienzo a arreglarme: voy al lavadero, me enjabono la cabeza y la cara, el agua está tibia, termino el “baño vaquero”. Me pongo un pantalón de mezclilla azul, playera blanca debajo de la camisa de cuadros amarillos, una chamarra de borrega que compré la última navidad que pasé en familia. En la muñeca ajusto el reloj. Apenas son 4:35, queda tiempo para terminar de acomodar las cosas que voy a llevar.

Encima del ropero guardo una cartera vieja y desgastada, que aún sirve para colocar billetes y unas cuantas monedas, también el pedazo de hoja en el que anoté la dirección que Juan me dio. Una parte de los víveres la llevo en la mochila y la otra, junto con la cobija, en una caja. Todo está listo. Es hora de

partir, me digo. No puedo salir como un bandido, así, sin despedirme de mi familia. Hubiera preferido no hacer esto... si no me iba para siempre, sólo iba a hacer un viaje de entrada por salida, antes de que oscureciera estaría otra vez aquí. Voy a la cama donde duerme Martín. Le digo que cuide a nuestros padres, que luego vengo. Sigue dormido. Cómo puedo encomendarle una responsabilidad mayor a su edad, ¿quién debe cuidar a quién?, pienso. El desprendimiento de mi familia, la situación en la que tengo que viajar para encontrarme con mi primo y regresar con él de inmediato, son causa de una ligera opresión. Entro al cuarto de mis padres sigiloso para no despertarlos. Mi madre ya se ha puesto de pie. Insisto en que vuelva a dormir, que descanse; la jornada del día será pesada y necesitará fuerzas para apoyar a la tía, a Juan, a todos; no deseo otro enfermo más. Salgo de casa con la bendición de mis padres.

La madrugada de este día hace un viento helado que roza mis mejillas y provoca escalofrío. Cómo no pasa un carro, pienso, imaginándome dormido dentro de él mientras llego a la central de autobuses. Voy por la orilla de la carretera, conforme avanzo siento menos frío. A lo lejos veo venir una camioneta, las luces de los focos de enfrente suben y bajan con una intensidad que parece que van a fundirse. Escucho sonar el claxon. ¡Súbete, Joel!, ordena Pedro, el dueño de la ferretería. En el trayecto platicamos sobre mi reaparición en el pueblo: qué día llegué, el gusto que le daba verme otra vez, y que dudó de que fuera yo, se extrañó que anduviera a esas horas en la calle. Si supiera que no es por gusto, que la estamos pasando mal en la familia, que me urgía encontrarme con Juan. Bromea por un momento con la intención de hacerme hablar más. No tengo nada que ocultar, si caminaba muy temprano era por una buena causa. Pedro es un señor confiable, así que le explico.

—Ay, muchacho, yo que pensaba que te ibas a robar a la novia.

—No, don, cómo cree. Si voy por Juan —digo.

A mi regreso veré a Mercedes, todo ha surgido tan rápido que apenas puedo pensar en ella. Cuando termine de amanecer seguramente se enterará que ya estoy aquí, sabrá comprender la situación, así como cuando tuve que irme a Estados Unidos. Desde que fuimos juntos a la escuela la quise, su cabello negro y largo se movía al caminar moldeando su cuerpo menudo. No sólo por bonita la elegí como novia, sino por buena persona, siempre anda al pendiente de mi familia, no es chismosa, como en una ocasión Juan insinuó, simplemente atenta a todo lo que me pasa.

Pedro lamenta la situación. Me acerca a la central de autobuses de Maravatío. Todavía no bajo de la camioneta y ya le doy las gracias con un fuerte apretón de manos.

—Qué agradeces, muchacho.

—Que ya me trajo hasta acá. Lo desvié de su camino —digo apenado.

—No te preocupes. Si no es por ti, ni me entero de que Felipa está enferma. Si algo se les ofrece, a tu regreso avísame.

—Espero no tardarnos tanto. Nos vemos —camino a la entrada de la terminal.

Apresurado me dirijo al mostrador, no vaya a suceder que el camión me deje y tenga que esperar más tiempo. Antes de dar un saludo a la señorita que vende los boletos le pregunto la hora más próxima en que saldrá el autobús: “5:55”, dice. Miro la hora en mi reloj. Faltan diez minutos. Compro un boleto con dirección a México-Observatorio. Voy hacia el andén cuatro donde he de abordar el autobús. El operador revisa mi boleto, rompe una esquina, misma con la que él se queda; su acompañante me da una bolsita de plástico que

incluye el lunch: tres galletas, un jugo y una manzana. Subo en busca del asiento número 13. Ansío estar lo más pronto posible en la ciudad. Muchas veces soñé viajar a diferentes lugares, no por cuestiones de trabajo sino por gusto. Ahora iba a la ciudad, no la conocía, mis padres dijeron que cuando apenas era un bebé de meses de nacido, habíamos ido a la boda de la hija de su madrina, quien después fue convencida por su yerno para ir a vivir con ellos, la señora era viuda y se fue para allá. Existía un gran afecto entre nuestras familias, pero después de que murió la “madrinita”, así le decían, todo acabó. Por eso no volvimos más a la ciudad. Hace unas semanas comencé a planear ir con Juan a trabajar, pasando diciembre, en caso de no ser ascendido en el trabajo. Uno hace planes pero se atraviesan cosas que nunca se predicen.

Si tenía noticias sobre la ciudad de México era por lo que escuchaba decir de la gente que iba de vez en cuando a visitar a un familiar en el pueblo. Alguna ocasión vi en la televisión una novela, cuyo nombre no recuerdo, donde aparecían las calles de la capital, edificios y casas muy bonitas, la protagonista era una provinciana que había llegado allí huyendo de un mal hombre. Me daba idea de cómo era ese lugar. Dicen que preguntando se llega a donde sea.

Al subir escucho por el altavoz: “Pasajeros con dirección a Morelia, favor de abordar el autobús.” Por fortuna llego a tiempo. Estoy dentro, en camino a mi destino.

Ocupo mi lugar, desde la ventana veo a las personas abordar el autobús de a lado, con sus respectivos boletos en la mano. Las maletas, cajas y bultos pesados, los almacenan en el guarda bultos, en la parte baja del transporte. Mi caja también fue colocada ahí, como la de otros pasajeros. Parece que yo soy el último viajante. Los demás se encuentran ya sentados, acomodo la mochila

sobre mis piernas. No hay quién ocupe el otro lugar. Me toca ir del lado de la ventana, desde aquí puedo fijar mi vista en el trabajador que se encarga de guardar las cosas voluminosas, no fuera a olvidarlas o hacerlas perdedizas.

Una vez Tomás, el tío de Mercedes comentó a mi padre, que viajó en esta línea de autobuses, le guardaron sus cosas y cuando llegó a la terminal pidió su costal y ya no se lo dieron, se extravió, se perdió o se lo robaron, ¿quién? No se supo. Por si acaso, estoy muy al pendiente.

Las puertas del autobús son cerradas. Comienza a avanzar, me persigno con la fe de tener buen viaje. Con nostalgia vienen a mi mente los rostros de mis padres ya cansados por el trabajo del campo. Pienso en las enfermedades que poco a poco los van acabando. Vuelvo a mirar el reloj, aún es temprano, calculo el tiempo. Son las seis, a las nueve estaré llegando, diez, once, a las doce me reuniré con Juan y como a las cinco o seis a más tardar estaremos de regreso por acá, me digo.

De pronto sobreviene el deseo de retroceder, mi preocupación es inmensa: la tía enferma, mis padres, Martín y a la vez Juan. Logro mantener la calma. Martín es un chiquillo, no está para cuidar, es travieso. Ojalá y no se les vaya a salir de la casa, pues se irá de vago. Sabrá comportarse como lo ha hecho desde que me fui al otro lado. Siempre debo andar tras él. Además es listo y tarde o temprano tendrá que enfrentar la realidad, en momentos como éste la vida te hace madurar. ¿Qué pasa, Joel?, si no te vas para siempre. Ni siquiera cuando partí a Sacramento me puse tan sentimental, pienso, en medio de un bombardeo de malos pensamientos sobre las consecuencias de la enfermedad de la tía: muerte, dolor, sufrimiento, desdicha, mantengo intacta la imagen de un féretro mientras miro un campo seco. Siento caer sobre los párpados la pesadez del sueño de quien se ha desvelado, pero no me resisto a

dormir. El cansancio de semanas me agota. Por lo menos estos días en mi pueblo quedaría librado de la rutina en el restaurante: levantarme a las cuatro, a las cinco comenzar a limpiar la cocina para después preparar los ingredientes que ocuparán los cocineros, siempre hay que estar al pendiente de lo que se necesita, en cuanto guisan salen trastes sucios y comienzo a lavar el resto del día con interrupciones del dueño: “Joel, barre allá. Trapea acá. El piso se ha ensuciado...”; órdenes que bien obedecidas, algún día me llevarían a ascender de puesto.

Despierto. Noto con asombro el cielo azul y la puesta del sol. Me doy cuenta de la lejanía de los cerros verdes y sus campos que ahora veo tan pequeños, que si abro la palma de la mano y cierro el puño, los puedo atrapar, están a mi alcance. Confío en que todo estará bien y saldremos de esta situación. Imagino que algo bueno vendrá. En la familia pasábamos por un mal momento, yo debía ser fuerte para dar fortaleza a todos, principalmente a Juan de manera que su ánimo no decayera. Dicen que “Después de la tormenta viene la calma”, esperaba la pronta estabilidad en la familia. La naturaleza que antes aprecié deja de existir en cada kilómetro transcurrido.

Quiero entretenerme en algo, abro la cartera, saco el pedazo de hoja con la dirección, la leo: *Xochimilco. Parroquia de San Bernardino de Siena. 12 del día*. Juan explicó sin mucho detalle la ruta que debía seguir, pero no la tengo muy clara, de todos modos dijo que cualquier duda le preguntara a un policía. Aseguró que no era difícil llegar. Hubiera sido mejor vernos en la central para ahorrar tiempo, pero no era posible, dijo que su patrón no sabía de su conflicto, debí avisarle personalmente para que no lo vaya a despedir y entonces ni liquidación ni paga por los días trabajados. De todas maneras cómo íbamos a volver con las cosas que mi madre le mandó. Hay que ir a

donde se está quedando, sirve que conozco; así cuando ella pregunte por Juan, le diré: “Se encuentra bien. Está bien.” No habrá razón para inquietarse.

El cielo pasa a verse salpicado de un gris opaco, ese gris que me produce nostalgia y miedo. Me aproximo a la ciudad. Estamos en medio de un nuevo paisaje: edificios lujosos, centros comerciales, anuncios publicitarios por todos lados a donde miro, carros y más carros circulando en amplias avenidas; cuánto movimiento, cuánto ruido, me digo. Siento emoción, mi gesto de seriedad no lo expresa. Si Mercedes me mirara, diría: “Qué seriedad. ¿Y dices estar alegre?” No me interesa demostrar a nadie lo que sólo se comparte con gente importante, personas que no son indiferentes cuando viajas con ellas. Llevo varios meses de no ver a Juan, a pesar de habernos llamado en algunas ocasiones por teléfono, lo extraño. Desde niños nos vimos como hermanos, jugábamos, nunca peleamos. Miro por el cristal de la ventana un campo de golf, pienso en la posibilidad de vivir en la ciudad, de cambiar de aire, de vivir diferente, de trabajar en otra cosa, de “echar suerte”, de hacer mi vida acá, de formar una familia, de comprar un departamento o una casa bien lujosa. Parezco un soñador ilusionado al predecir mis fantasías como si fueran a cumplirse tal cual los imagino. Qué lejano estoy de lograr tanto en tan poco tiempo. A lo mejor, trabajando mucho, algún día, me digo.

Vuelvo a mi realidad. Vine sólo por unos días para apoyar a mi familia, mientras las cosas mejoran. Debo regresar a Sacramento y tomar decisiones sobre mi trabajo. Espero crecer, “ser alguien en la vida”. Quizá no hacía falta ir hasta allá para serlo, aún tengo que intentarlo. La necesidad hizo que creyera en el sueño americano; quise que mis padres tuvieran estabilidad económica: “No más campo. No más cansancio”, dije cuando se me presentó la oportunidad de este trabajo, lo recuerdo bien. El inquietante movimiento de

los pasajeros me indica la llegada a la ciudad, se preparan para descender: acomodan sus suéteres, sus bolsas y morrales. La mujer que va dos asientos delante de mí, ordena a sus hijos que se estén quietos. Coloco mi mochila sobre los hombros. El autobús para y las puertas son abiertas. Todos comienzan a bajar en orden, yo también. El conductor es amable con quien le da las gracias: “Que tenga un buen día”, dice. Manejar bien y dar un buen trato a los pasajeros es su trabajo, pienso. También le digo “gracias.”

En tierra firme recojo mi caja, no pesa, sin embargo, estorbaba en el asiento, afortunadamente no se extravió. Estoy en la central de autobuses de Observatorio, por cierto, es más amplia que la de Maravatío. Al principio me desubico totalmente, ¿en dónde estoy?, ¿para dónde jalo? Miro para un lado y luego para otro. ¿A quién le pregunto?, ¿para dónde me sigo? De acuerdo con lo que Juan me indicó, debo mostrarme seguro, tal como si conociera el territorio que piso, así dijo. No tengo que hablar con personas que a mi parecer resulten sospechosas, “mantente alerta”, palabras que suenan en mi mente. Los rateros andan dispersos entre la gente, están atentos a tus distracciones y cuando eso ocurre, con agilidad te quitan tus cosas, sacan la pistola, un puñal, cualquier arma blanca. Ante mi temor, sujeto con fuerza la caja, paso la cartera de una de las bolsas traseras del pantalón a una de enfrente y camino rápido como todos lo hacen.

Cerca de una de las salidas de la central está un señor limpiando el piso, parece amistoso, supongo que debe saber todas las calles, trabaja aquí. ¿A cuánta gente ha de ver pasar a diario? Me acerco a él y le pregunto por la salida al Metro.

—Suba las escaleras y camine derecho —dice señalando el último escalón de la entrada.

Voy por donde el hombre indicó, llego a la estación del Metro. No me esperaba ver una fila larga en la taquilla, pero en menos de dos minutos avanza. Compro el boleto para ingresar a la estación. Lo meto en una máquina que lo rebota tres veces, un policía que se encuentra en el otro extremo interviene con tono de enfado:

—Mételo al revés.

La máquina lo vuelve a rechazar, el policía viene a donde estoy. Me quita el boleto, lo rompe y permite que acceda por una puerta que él abre. La escena hace que me sienta apenado y torpe ante la obstrucción que empecé a causar. Aquí adentro la gente camina en sentidos contrarios, no entiendo cómo funciona el circuito, ¿por dónde se pasan los que están del otro lado de la vía? ¿Hacia dónde me conduzco yo? Todos caminan rápido, a prisa, de manera que es incómodo interrumpirlos, pueden ignorarte, o decir las cosas equivocadas y de mal modo. Tampoco voy a quedarme parado aquí como tonto. Regreso con el policía, ahora es otro más joven, coquetea a una mujer de labios rojos.

—Disculpe, ¿para ir a Taxqueña? —está de espaldas.

Da la vuelta, me mira serio cuando calla su risa de bobo. Da una explicación corta y forzada.

—Por las escaleras. Dirección Pino Suárez, transbordas la línea 2.

—¿Por ahí está Xochimilco?

—Te vas al paradero y ahí debe salir un micro.

—Ah, gracias.

Camino por el andén en espera del Metro, la estación está llena, quedo asombrado de ver a tanta gente. El pasillo se divide, a la derecha por mujeres y niños, a la izquierda hombres, entre los que estoy yo. A estas horas no importa qué seas, desde que hace la parada del convoy, todos salen y entran

entre empujones. No hay respeto, al que quiere entrar lo sacan; al que va a salir, le obstruyen el paso. De esta forma es imposible abordar. Espero hasta el siguiente viaje.

Con frecuencia las puertas se atorán, no falta la persona que ya no cabe y a fuerza se ha de meter, cuando eso ocurre dice una voz muy bajita que sale de las bocinas internas del vagón: “Permita el libre cierre de puertas.” Por fin cierran por completo y avanza el Metro. Todavía no llego a la primera estación de la línea 2 y comienzo a marearme; el movimiento de las ruedas, la rápida velocidad de los vagones, la combinación de olores: perfumes, sudor, mugre, me producen náuseas y un ligero dolor de cabeza. No desayuné, tampoco estoy acostumbrado a estos ajeteos. Un asiento que está a mi alcance se desocupa, me siento. Fijo la mirada en la parte superior del vagón y leo el nombre de las estaciones, las recorro una a una y cuento cuántas faltan para estar en Pino Suárez. Aún hay que pasar más de cinco. Saco el lunch que me dieron en el autobús, como la manzana con la esperanza de que se me asiente el estómago. La termino y cierro los ojos por un momento, cuando los abro estoy tres estaciones adelante de la que yo debía haber bajado. De no reaccionar me hubiera seguido hasta quién sabe dónde. Voy de regreso, el malestar de antes se me quitó, me doy cuenta de que son 11:15 am. No voy a llegar a tiempo, rumoro al ritmo en que subo y bajo las escaleras que conducen a la dirección opuesta.

Llego a Pino Suárez, transbordo a Taxqueña, ahora sí, estoy más atento. Decido ir de pie, cerca de la puerta para evitar volver a quedarme dormido. Siento la presión del tiempo, el ansia de llegar. Me aproximaba al punto de reunión con Juan. Las preocupaciones que antes y durante el trayecto en el autobús me atormentaron, dejan de ser el centro de mis pensamientos, ahora lo

único que me interesa es ser puntual. Las tripas me gruñen, supongo que cuando esté con mi primo comeremos algo, de lo contrario no aguantaremos el trayecto del día.

La travesía de Pino Suárez a Taxqueña resulta algo tediosa. No entiendo por qué la gente siempre anda acelerada, si conoce bien la ciudad y vive en ella, no tiene por qué llevar ese ritmo tan agitado, supongo. Cuando vea a Juan voy a preguntarle por qué la gente se comporta así.

Por fin llego a Taxqueña. ¡Cuánto tiempo perdido! Faltan cinco minutos para las doce. ¿Cuánto tiempo más haré en llegar? Me dirijo a la primera persona que va pasando.

—¡Señora! Disculpe, ¿por dónde salgo al paradero? —digo agitado.

—Siga el pasillo.

—¿Por ahí llego a Xochimilco?

—Creo que allá hay una ruta que lo deja.

¿Dónde queda ese allá?, entre tantos puestos no lo sé. No puedo transitar con facilidad, me detengo. Esta zona es fea, en nada se parece a la que vi desde el autobús, aquí no hay edificios lujosos. Pregunto a una vendedora de tamales cómo llegar a Xochimilco. Explica con paciencia. El trayecto que sigo me retrasa más. Camino a la parada de la ruta 36. La fila es larga, me formo en espera de abordar el microbús. Miro hacia atrás, a mis espaldas hay seis personas más, no me di cuenta por dónde vinieron.

—¡Ya está lleno! —grita un señor.

Mientras hay gente que abandona la fila, yo sigo en ella con la esperanza de subir en el siguiente transporte aunque no alcance asiento.

II

LA TRAMPA

Miro la hora. Vienen a mi mente las palabras de Juan: “Para que no transbordes tanto, tomas un taxi. No hay pierde, ése te lleva directo.” Por quedarme dormido me he retardado. No puedo esperar más, abandono la fila como los demás. Cruzo entre los puestos en busca de la avenida. Ahora comprendo por qué la gente anda muy apurada. Corre por aquí, luego por allá, parece persecución. Camino recio a pesar de que una señorita, que lleva dos pasos adelante de mí, va con pasos lentos, la rebaso en cuanto se detiene en un puesto de jugos. Por fin logro dar con la avenida.

Estoy sobre la banqueta, en espera de un libre; mi primo dijo que aquí en la ciudad son de color vino con dorado, a diferencia de los del pueblo que están pintados de blanco con franjas azules. Hay demasiados carros, por lo regular transitan los particulares. Permanezco alerta. Seguro que por aquí el taxi también debe pasar. Espero un tanto impaciente. Tras un auto gris se aproxima uno, le hago la parada pero viene ocupado. Un fulano se para adelante de mí, inmediatamente aborda el otro que circula, sin importarle que yo pedí el servicio antes que él. Qué abusado salió éste, abusivo diría mi madre. Yo aquí parado, espere y espere y nada más llega y se sube. Quedo enfadado.

Vuelvo a mirar el reloj, siento que no llegaré a tiempo y Juan me espera a las doce. Basta con invocar al Todopoderoso, ¡Ay, Dios mío, que pase! El siguiente taxi es para mí, antes de hacer la parada, el chofer se detiene ofreciendo su servicio. Subo apresurado por si acaso alguien me lo gana y entonces, otra vez a esperar diez minutos más.

—¡Taxi! —dice el conductor.

—Sí —acomodo la mochila y la caja.

—Buenos días, joven, ¿a dónde lo llevo?

—A Xochimilco.

—¿Por dónde quiere que nos vayamos?

—Por donde sea más rápido —digo sin saber cuál es ese camino.

El chofer explica por donde, pero no le entiendo, habla bajito y la música que escucha es demasiado alta, como sea, le digo que está bien. Desconozco ese otro camino.

Añoro el encuentro con Juan. Él, por ser mayor que yo, siempre me cuidó. Hace tiempo que no nos vemos. Ahora me toca asumir un cargo que es de Juan, yo sólo soy el sobrino y él, el hijo. La situación no es la misma sin Juan, pienso. La presión del poco tiempo que falta para la hora de la cita me estresa. Apenas he subido al carro y se detiene. El semáforo está en rojo. Miro el marcador del taxímetro, ¡cuánto más voy a pagar! Tan sólo en este tramo, son quince pesos. Después me los devolverá mi primo, me digo.

Comienzo a malhumorarme. Miro la hora y contemplo el reloj. Mercedes me lo regaló el día que partí a Estados Unidos, significa mucho para mí. Recuerdo sus palabras: “Consévalo siempre.” Dijo que esperaba que me gustara, pues no sabía qué cosa regalarme, pensó en este presente porque lo llevaría puesto y cuando viera la hora, también me iba a acordar de ella. Gastó sus ahorros. Yo no preví nada para darle. La quería mucho pero debía partir. Le di mi medalla de la Virgen de Guadalupe, era de oro, la compré en pagos. “Ella te cuidará. Pide por mí”, le dije y la coloqué en sus manos. Deseo la presencia de Mercedes. La pienso con la misma imagen de esa última tarde que nos vimos. Le he enviado saludos con mamá.

Trato de ser paciente. Apenas y disfruto el paisaje: el cielo gris, carros y más carros. El taxista me observa de reojo por el retrovisor. Es un hombre canoso, robusto, como de unos cuarenta y tantos años. Empieza a hacerme la plática, que si la mañana está fresca, que si el tráfico es el martirio de cada día, que hay más carros que personas, que la ciudad es siempre un caos... No, pues sí. Soy cortante al evadir su plática. No me interesa escuchar lo que yo mismo presencio; estoy fastidiado, hace calor. Vuelvo la vista a las manecillas del reloj, ignorando cada palabra. De cualquier manera tengo que llegar, Juan esperará, yo llevo el dinero, me digo.

—Ahorita llegamos, joven.

—Ojalá.

—Xochimilco es muy grande y bonito. Hay muchas flores.

—Sí.

—¿Hasta dónde mero vamos?

—A la iglesia.

—Ah, al centro.

—Sí.

—No se apure, joven, ahorita nos vamos rápido. Ya ve, aquí siempre se hace el tráfico. Hoy en día hay tanto carro. En Xochimilco supongo que debe estar igual. Es una zona turística muy visitada. Hay muchas festividades, ¿no? Es diferente a donde yo vivo, ahí no hay nada de eso.

—La verdad no sé, señor —tajantemente contesté.

—¿Qué usted no es de allá? Perdone mi intromisión. A mí me gusta hacerle la plática a mi pasaje y ser amable. No quiero molestarlo. En este trabajo uno trata con todo tipo de gente.

Me parece grosera mi actitud, en el pueblo cual más es atento. No puedo desairarlo. Accedo a su plática.

—No, señor. No me molesta.

—Entonces, no es de Xochimilco.

—No, señor. No soy de por acá.

—Es usted extranjero —el hombre se ríe con gracia.

—No, cómo cree, tampoco —sonrío.

—Ah, mire. Vino de visita. ¿Pues de dónde es? —vuelve a su tono serio.

—De Michoacán.

—¡Chulo lugar!

—Sí. Muy bonito.

—¿Vino a pasear?

—No. Vine a ver a un primo, por acá está trabajando.

—Michoacán tiene muchas riquezas. Allá sí hay trabajo, ¿no, joven?

—Al menos de hambre no se muere uno. Pero no se crea, no es tan fácil. Pocos trabajamos en el campo, hay quienes se van para Estados Unidos o mejor se vienen al DF.

—Pues han de ganar bien al desprenderse de sus familias.

—Es como en todo, se inicia desde abajo para ir juntando. En lo que andan por allá trabajando, ya sus esposas se endrogaron. Piden prestado mientras sus esposos les envían dinero. A veces no les llega o se los hacen perdedizo. Así le pasó a una conocida.

—Por eso es mejor tener una cuentita en el banco.

—Yo no me fío de eso. Ellos mismos se traquetean el dinero, salen con eso de los intereses. Yo prefiero guardarlo muy bien. Por eso tengo mi propio banco. Yo soy el dueño y me presto cuando quiero.

—Ay, joven, usted sí que carga con él, tiene su tarjeta de crédito —ríe.

—¡Ándele! Sólo traigo lo necesario.

La plática continúa, en la confianza que el hombre me da, le cuento mi situación. Sabe que traigo dinero para ir y venir, regresar al pueblo y hacer otros gastos. El taxista es de ese tipo de personas que aunque no quieras, caen bien. La conversación me distrae, he dejado de lado el malhumor y no siento que deba pensar por dónde ir, él conduce y yo confío. Tengo la impresión de que es sensible ante las desdichas de los demás; su fe es grande, pues no por nada cuelga del retrovisor un rosario y la imagen de San Judas Tadeo. Mi mamá dice que “es bueno desahogarse”, siento que lo he hecho.

—Dios sabe de las necesidades de los más débiles. No queda más que tener fe. Ya verá que su tía se cura.

Son cerca de las doce. Estoy más desubicado que cuando llegué. El taxista se desvía por una calle angosta. ¿Qué pasa? Detiene el coche y se disculpa diciendo que le permita un momento, que ya estamos cerca, pausa el marcador del taxímetro para que no cobre de más; sale del coche. Camina hacia la esquina de la cuadra, hay una tienda, enfrente un teléfono público. Hace una llamada. Entra al local, tarda cinco minutos más; vuelve con dos bebidas en las manos.

—Ahora sí, vámonos —sonríe—. Tenga, le traje este juguito.

—Ay, señor, cómo cree —digo apenado.

—Pues ya me esperó, joven. Tómeselo, en lo que llegamos —da un trago a su refresco.

Comenta el motivo de la llamada. Hace unos meses su esposa se accidentó, ahora está recuperada pero cuando enfermó, había sacado un crédito con intereses y los gastos se les juntaron. Deben hacer el depósito mensualmente y hoy es el día que les toca hacerlo. La ha llamado para recordarle que le dejó el dinero sobre el refrigerador, dice.

Continuamos hacia mi destino. En la siguiente parte del trayecto noto el cambio del conductor: su gesto serio, ya no habla, aumenta el volumen del estéreo, pasa a otra estación. No hay más que decir, respeto su silencio.

Estamos cerca y no veo flores, canales, ni trajineras, nada de lo que Juan dijo que caracteriza a Xochimilco. Subimos un puente. Miro más anuncios publicitarios, un edificio que parece castillo, leo: “Sólo en cines”, COTSCO (en letras color rojo), A Periférico, Tecnológico (sobre pequeñas placas color verde). Son ya las doce. ¿Éste es Xochimilco? ¿Qué pasa?

—Señor, ¿ya vamos a llegar?

Lanza una sonrisa burlona y no responde. Le reclamo y con la misma actitud justifica que se ha equivocado de carril, que disculpe su distracción.

—¡Cálmese! —grita con mucho coraje—. Disculpe, recibí una mala noticia y me afectó —ríe.

—¿Adónde me lleva, señor?

—¿A poco no se imagina? —baja el volumen de la música— ¡A Xochimilco!, ¿no?

No me agrada el tono en el que habla, mucho menos su actitud misteriosa. Dudo que sea el hombre amable, bueno, agradable que hace minutos ganó mi confianza. Pido que me baje, acelera. Exijo que se detenga, levanto la voz.

—¡Pare, señor! ¡Pare! —digo enojado y temeroso.

—No te voy a bajar. ¡Cállate! —Saca una pistola. Es amenazador.

Esto no puede estar sucediendo, qué hice para merecer un trato así. Ay Señor del Perdón, que no me mate. Por las amenazas, obedezco sus órdenes. Me mantengo agachado, sin mirar hacia las ventanas y en silencio. Cualquier movimiento implica un balazo, me dice. Otros hombres nos siguen en un auto particular, lo sé cuando se comunican por celular y el chofer dice que no hay ninguna sospecha. Estoy aterrado sólo de pensar lo que van a hacer conmigo. ¿Por qué tengo que ser su presa? Había oído hablar de los asaltos, de los secuestros, pero nunca pensé que lo iba a vivir. No soy rico, ¿qué pueden obtener de mí?, y menos a costa de la enfermedad de la tía. Quién va a pagar el rescate.

Siento la muerte cerca. Ahora creo en lo que dicen sobre la película de tu vida, yo veo pasar la mía ante mis ojos: yo de niño, de grande, la tía enferma, Juan esperándome, mi papá, mi mamá, los dos, Martín, Mercedes, el reloj, Sacramento...

Pierdo la noción del tiempo. El coche se detiene. Escucho el motor del otro auto y las puertas azotar. Alguien abre las del taxi, me baja a empujones y golpea mi nuca, es el último recuerdo que tengo entre carcajadas y las voces dispersas que escucho.

—¡Llegamos a tu destino!

—¡Aquí está tu Xochimilco!

III

INTUIR

Despierto con los ojos tapados, el cuerpo adolorido, la cabeza punzante. Me despojo del trapo que cubre mi vista. Los mantengo cerrados un momento y poco a poco los abro. El paisaje es borroso, después no veo más que oscuridad. ¿Dónde estoy? Toco mis manos y piernas. ¡Vivo! La paliza que recibí de esos hombres me dejó tumbado en el piso. Tengo los pies fríos, me enderezo sobresaltado. Reviso las bolsas del pantalón, la cartera no está, ni una sola moneda. Todo, todo lo tomaron. ¿Qué voy a hacer?, ¿cómo pude confiar? Quiero morir. Entre lamentos me levanto, el pasto seco lastima las plantas de los pies. Tengo frío, no sólo las cosas de valor se llevaron, también me despojaron de mi ropa: calcetines, chamarra, camisa, el reloj y los zapatos. ¡Malditos! Mi aspecto es de vagabundo. Cómo es posible que exista tanta maldad. En mi pueblo nunca me hubiera pasado esto, allá cual más nos conocemos y si pedimos ayuda, nos la dan o la damos. Si no hay justicia, la hacemos.

Comienzo a explorar el territorio, no sé qué tan cerca o lejos estoy de algún lugar. A mi alrededor no veo más que árboles grandes, huele a pino, son pinos. Hace demasiado frío, no alcanzo a distinguir más allá, avanzo otros pasos en busca de los destellos de la luna. Golpeo los pies con algo. Es uno de mis zapatos, por aquí debe estar el otro, digo. Más adelante lo encuentro. Me detengo el tiempo necesario para ponérmelos. Seguro que también se llevaron la caja. Alcanzo a entrever un cerro enorme, siento estar preso dentro de la

boca de un volcán. ¿Qué hora es?, no puedo adivinarlo. Grito para que alguien venga a auxiliarme. Estoy solo, nadie escucha mis lamentos desesperados.

La corriente de aire es tan helada que hasta enchina la piel. Sigo merodeando, es un hecho que perdí la cita con Juan, ¿cómo encontrarlo ahora?, ¿cómo saber de él? Seguro se preocupará. Si ya llamó para el pueblo le habrán dicho que desde muy temprano me vine a verlo. Busco en los bolsillos del pantalón; el papel donde anoté la dirección iba en la cartera.

Quiero salir de aquí y encontrar a Juan. Ay, Juan, ¿a dónde vine a dar? Qué suerte la mía. Si tan sólo hubiera seguido las indicaciones al pie de la letra, si no se me hubiera hecho tarde, si no me hubiese subido al taxi, si no hubiera platicado, si la tía no hubiera enfermado. Lo lamento una y otra vez. La vida avanza a pesar de las desdichas. No soy un perdedor, voy a continuar, me digo, aventurado a encontrar el camino.

Percibo la frescura de la vegetación que hay alrededor, respiro con dificultad, algún golpe en la costilla o quizás en la espalda lastimó uno de mis pulmones. Pronto me adapto a la oscuridad de la noche. Recuerdo al taxista, tan honrado, tan buena gente que se veía. Me consuelo al pensar en la cara que pondrán esos bandidos cuando abran la caja. Será una ofensa que los puede violentar y los hará volver por mí. No sé cómo me abandonaron a mi suerte esos hombres en medio del monte. Aquí no hay camino para carros, debieron venir a pie hasta acá para tirarme, por lo mismo intuyo que la carretera está cerca.

Rengueo al andar. Pienso en cómo siguen las cosas en la casa. Cuánta preocupación les haré pasar. Y Juan sin saber nada de mí. Siento angustia. Avanzo según mi condición lo permite. Cualquier esfuerzo es inútil, recorro el mismo lugar en círculo. Estoy desalentado, tengo palpitaciones en el pecho, no

puedo contener el aire. La temperatura empieza a bajar, parece que estamos en invierno y apenas es junio.

Miro al cielo, ni una estrella. No comprendo cómo los Reyes que venían de Oriente fueron guiados por una. Deseo que milagrosamente un ángel venga a mi rescate, si así fuera, entonces creería en ellos. Doy un paso en falso, ruedo, no tengo la fuerza suficiente para meter las manos. Cuando el suelo está plano, me detengo con una roca. Ahora ya no me levanto. Quedo resignado a que pase el tiempo. Alucino: veo a la tía con gesto inexpresivo, a mi madre llorar, a Martín que ríe, el taxista, la pistola, otra vez el taxista con su risa burlona. La tía está aquí, la siento. ¿Acaso ha muerto ya? Y su espíritu vino por mí. Comienzo a creer que cuando muere un familiar debe morir otro para que el difunto no parta solo al otro mundo. Los fantasmas no me espantan, se teme a los vivos y a su maldad. El cura dice que las apariciones no existen, que eso que decimos ver son nuestros pecados, nuestra maldad disfrazada. Agonizo, éste es mi fin. Temo quedar aquí, lejos de mi familia. No sabrán dónde quedó mi cuerpo, no me darán cristiana sepultura. Seré un alma en pena: ni al cielo, ni al infierno podré ir. No quiero morir pero siento que muero. Quisiera que mi madre viniera a consolarme como cuando de niño caía por ir tras papá y luego curaba mis heridas. Sus manos masajean mi espalda, veo su trenza encanecida, su rostro afilado, compasiva acaricia mis ojos cerrados. Mi padre la llama por su nombre, “Asunción”, seca el sudor de mi frente con sus manos, se levanta y desaparece.

Recuerdo la encomienda que mi padre me dio cuando el caballo lo aventó a la zanja y se vio muy grave: “Cuídalos”, se refirió a Martín y a mi madre. “Si llego a faltar, no los abandones”, dijo conteniendo las lágrimas en sus ojos. No puedo morir, ¿qué van a hacer sin mí? Nunca imaginé que mi

viaje a la ciudad fuera a terminar así. No existen promesas para vivir eternamente.

El tiempo transcurre: minutos que se hacen horas, u horas que no son más que minutos. Recobro la noción. Estoy sediento, débil, necesito comer. Es de noche o de madrugada, no lo sé. Hay neblina. “Ha sido un sueño”, pienso. Me levanto con torpeza y sigo la aventura. Camino sin saber hacia dónde voy. El miedo me consume porque aún soy parte del mundo de los vivos y desconozco qué más pueda pasar. Mi gente me hizo creer que era valiente. Cuando cumplí once años de edad fui a trabajar al campo, recogía el frijol y, entre un surco, estaba enroscada una víbora, la maté. Tal acto mostró mi heroísmo, dijeron que era todo un “hombrecito”. Hice otras cosas que resultaban dignas de admiración para los demás, pero fue la misma necesidad quien me llevó a ser fuerte y a asumir las responsabilidades del hombre de la casa. No puedo más, ante la soledad y el desamparo al que me enfrento, rompo en llanto. Pienso en el taxista con coraje. Cómo puedo suponer que conozco a los otros cuando ni si quiera sé quién soy. Tampoco sé de qué puedo ser capaz, me doy por vencido.

Voy en busca de Juan, ya sin el ánimo de seguir. Atravieso una pendiente que me conduce a una vereda desbarrancada. Escucho ruidos que sólo en carreteras se oyen. Apresuro los pasos con la emoción de descubrir que hay más allá de aquella arbolada. Y me abandono al destino, a la suerte, a donde he de llegar.

Amanece, los rayos del sol son intensos. Camino sin encontrar alguna salida, el paisaje es el mismo: árboles, montañas, rocas y más rocas. El sudor corre mis sienas. Imagino el agua fresca del pozo que hay en casa de Mercedes.

Quiero saciar mi sed, tengo sed, mucha sed, repito entre dientes. Hasta ahora no creo que deba pensar más en la tía enferma, por ella me encuentro perdido. Las palabras de mi madre están presentes: “Joel, nunca hagas las cosas de mala gana, no es bueno renegar.” Como sea, me fue mal.

No puedo dejar de pensar en mi familia, en cada paso que doy viene a mi mente su imagen. Pienso en ella porque pensarla me impulsa a ir a su encuentro. Continuó el camino con la esperanza de encontrar a alguien que me ayude.

IV

SEGUIR LA CARRETERA

Camino sobre una loma. Por ratos paro, descanso y me reincorporo a mi paso ligero. Admiro el paisaje: flores amarillas, pastizales entre verdosos y secos y un cerrito que se puede escalar. Subo a él, quedo maravillado porque del otro lado está la carretera. Bajo regocijado, no me percató de que la tierra está floja, doy un paso en falso y caigo. Tengo algunas raspaduras en la rodilla, otras en el brazo, pero al fin me encuentro frente a la carretera. Terminó de sacudir el polvo de las manos. No sé por qué lado debo caminar, cuál es el inicio y cuál el fin. Voy por la derecha porque iré hacia enfrente y tengo la certeza de que encontraré ayuda, Xochimilco o a Juan.

Recorro largos kilómetros. Un dolor punzante en las costillas hace que se me doblen las piernas. No veo transitar siquiera un carro, la carretera está recién pavimentada, sin ningún bache y solitaria, dudo de que esté en funcionamiento. Pienso en la vida, mi propia vida que comparo con esta vía que no sé a dónde termina. Sigo hasta llegar a la cerca de alambre que a lo lejos alcanzo a mirar; rodea aproximadamente dos hectáreas de terreno. A un costado de éste colindan sembradíos, no distingo de qué son porque apenas y se notan algunas hojas verdes; en medio hay una construcción de tabiques rojos no acabada. Al llegar a la esquina del cercado percibo el olor a comida, quizá una sopa caldosa. Se me clava un ardor en la boca del estómago, llevo todo un día y parte de otro en ayuno. Nunca antes tuve tanta hambre. ¿De dónde proviene esa sazón? Más adelante, de lado contrario por donde voy, topo con un puesto de comida. Meto las manos en los bolsillos, confirmo que

no llevo ni un solo peso, lo que hace que me sienta miserable. Prosigo aguantando el hambre y la sed que requiero saciar.

Observo el lugar parecido a mi pueblo en tanto a su vegetación. ¿Dónde estoy?, digo con asombro. Admiro todo lo que mi vista alcanza a ver. Un carro se aproxima, lo escucho. Es una camioneta negra con vidrios polarizados, su velocidad disminuye al rebasarme dos pasos delante de los míos. El hombre que conduce baja la ventana, asoma la cabeza y se dirige a mí:

—Oye, amigo, ¿por aquí salgo a la Federal?

Qué puedo decirle, ni yo mismo sé por dónde ando. Me llama amigo y ni siquiera lo conozco, ¿acaso sabe quién soy? Lo habrán mandado los bandidos, mi mente trabaja rápido, piensa cosas que no son pero que me ponen nervioso. El hombre baja el volumen de la música que va escuchando, se quita los lentes oscuros y repite la pregunta de otra manera:

—¿Por ésta salgo a la Federal?

La cara de pocos amigos que tiene el hombre me hace pensar que es un narcotraficante. Las apariencias engañan. El taxista parecía una persona buena y resultó ser un maldito ratero. Por eso ya no me fío de nadie. La ciudad es un peligro, las intenciones de la gente no siempre son inocentes, así que dudo. No vaya a ser que éste sí me desaparezca, qué tal si es un enviado de los otros y mi día se me acaba... Digo algo para ahuyentarlo.

—Ah, sí. Vaya derecho —sigo mi camino.

El hombre sube el cristal y acelera. Cuando siento su lejanía mi corazón descansa del sobresalto que pasó.

Celebro este pequeño triunfo. No me mató. Materialmente ya nada tenía. Pienso en mi muerte; una muerte lejos de mi familia, de la gente que me vio crecer. Cómo se enterarían de esta mala noticia, tal vez por una nota

informativa en la televisión: “Aparece joven asesinado en la ciudad...” Vienen a mi mente la tía, mis padres, Martín, Juan, Mercedes, todos lloran mi pérdida. Peco de pensamiento. Invoco el nombre del Todo Poderoso. Tengo presente las palabras de una de las homilias que dio el cura del pueblo: “Sólo se acuerdan de Dios y acuden a él cuando tienen un problema...” No voy seguido a misa, pero tengo fe. Si salgo bien de esta situación, prometo que a mi regreso llevaré flores y veladoras al Cristo.

Tomo un receso. Llevo perdido un día y no quiero derrochar otro sin lograr nada. Continúo el camino. Pronto me doy cuenta que he llegado a un poblado. Desde las alturas de los montes por los que voy descendiendo, observo casas muy bien construidas, sus calles angostas conectan a la Iglesia, que es el centro de todas. Debo llegar allá, señalo. No entiendo la lógica de estos caminos, si voy por el empedrado salgo a otro que conduce a un cerro en el que también están otras construcciones. Camino sin dejar perder de vista la cruz de la cúpula del recinto. No hay movimiento de gente, dónde están todos, qué tranquilidad. El lugar parece pueblo abandonado. El sacerdote es la única persona en quien puedo confiar, tengo la certeza de que me va a ayudar. El párroco siempre auxilia a quien lo necesita. Descifro una calle que parece laberinto.

Después de tanto tiempo veo a la primera habitante, una señora que sale de una miscelánea con canasta en mano, es algo anciana pero educada. Saluda: “Buenas tardes”, le respondo de igual manera. Me cercioro de que voy en dirección correcta.

—Disculpe, ¿por aquí salgo a la iglesia?

Dice que sí, que todo derecho, piensa que soy un turista, agradece la visita al pueblo y yo la información. Me aproximo a lo que considero mi salvación.

Llego a la iglesia, es un templo construido sobre lo que antes fue una loma. Para entrar hay que subir sus escaleras y caminar en medio del atrio, hasta el fondo. Entro, me persigno. Unas cuantas personas rezan en silencio, otras en voz alta, disparejas, a toda prisa. Miro hacia el altar, a lado está la sacristía. Voy para allá por el pasillo de la lateral derecha. Toco en la puerta de madera con la ilusión de ver al sacerdote o acaso al sacristán. Nadie sale, entonces quién cuida aquí, me digo. Desespero, salgo del templo, recorro su atrio y vuelvo a entrar. Toco y espero sentado en una de las primeras bancas. Miro el altar, una larga mesa edificada en cantera, al fondo un retablo antiguo repleto de santos y floreros con gladiolas esparcidos en el altar mayor, adornan el recinto.

Me levanto y llamo a la puerta por tercera vez, regreso a la banca. Siento la mano ligera de alguien sobre mi hombro.

—¿Busca a alguien? —es una voz suave.

—Al sacerdote.

—Hoy no está —la miro, es joven.

—¿En dónde lo encuentro?

—En su casa. O en la oficina dan informes.

—¿Dónde está la oficina?

—Afuera, de lado izquierdo. Toca allí.

Salgo. Pienso que he sido imprudente al distraer la atención de los feligreses y que su intervención es la manera de pedirme que no haga ruido. Toco en la puerta, que tiene un letrero que dice “Oficina”. Insisto al escuchar

pasos y ruidos de teclas. Alguien grita que ya no hay servicio hasta mañana. Vuelvo al templo. La muchacha está sentada en una de las bancas de la entrada, a un costado del Santo Entierro.

—¿Lo encontraste?

—No. Está cerrado —digo desalentado.

—¿Te puedo ayudar?

Estoy pensativo, desconfío porque sólo quiero hablar con el sacerdote.

—Seguro que mañana lo encuentras.

—Necesito hablar con él.

—¿Te urge mucho?

—Me asaltaron —digo desesperado.

—Ah, entiendo —dice pensativa.

Se pone de pie, indica que la acompañe a la casa del sacerdote que está adjunta a la oficina, quiere cerciorarse si el sacerdote va a regresar, dice que es su día de descanso, pero regularmente lo ocupa para visitar a los enfermos, seguro que fue a ver a uno y no tarda en volver, dice. Llama en la puerta que está pintada de negro. Hace la misma acción tres veces pero con mayor fuerza. Al llamado acude un muchacho robusto, de tez morena, mal encarado y serio, al que le saca palabras forzadas.

—¿Está el padre?

—No.

—¿Volverá pronto?

—No sé.

—¿Y el ayudante del padre?

—No hay nadie.

—¿Y el sacristán?

—En la sacristía.

—Está cerrada.

—No sé.

—Vámonos —dice inconforme.

Ella lamenta la ausencia del sacerdote, se disculpa, asegura que de haberlo encontrado me ayudaría.

—Espéralo, quizás regrese.

—No puedo esperar. ¿Qué estado es éste?

—Estamos en el Distrito Federal.

—¿La central de autobuses Poniente está cerca como para ir a pie?

—Queda lejos de aquí. Como a tres horas en transportes.

Comienza a indagar mediante preguntas sobre quién soy, de dónde vengo y cómo llegué aquí. Le cuento sin mayor detalle lo del robo. El interés que muestra por mi situación la hace merecedora de mi confianza. La observo mientras nos dirigimos otra vez al templo. Es bien bonita, su edad es menor a la mía, lo noto en su rostro tierno y angelical. Su nombre es Susana, dice. Se muestra atenta, lo cual me apena porque pienso que el hombre debe ser cortés, y yo no lo estaba siendo al desatender sus palabras, al no agradecer su interés. Comenta que el sacerdote al que no he visto auxilió hace tiempo a un hombre que venía de El Salvador, que por cierta circunstancia llegó a México y luego por azares del destino, aquí. El cura le buscó hospedaje y le compró su boleto de avión para que regresara a su país. El tono de su voz me causa calma, sonrío cuando habla y hasta cuando deja de hacerlo para pensar en algo.

Su sencillez hace que me sienta apenado al mirarme sucio y mal oliente por el sudor de tantos kilómetros recorridos. Y ella huele a jabón, a limpio, a recién bañada, su cabello brillante como el de las modelos que salen en la

televisión aún está húmedo. Me siento ruin e insignificante ante su presencia. Me importa lo que pueda pensar de mi apariencia aun cuando sabe que he estado caminando a mi suerte.

Estamos en la entrada del templo, dice que espere. No se da por vencida.

—Sé quién nos va ayudar. Espera aquí. No te vayas.

Entra al recinto, prefiero permanecer afuera y respirar el fresco del atardecer. Mientras viene, la pienso en otro tiempo, en otras circunstancias compartiendo más que su amistad. Antes de seguir soñando vuelve muy alegre.

—Seguro que no has comido —afirma.

—No.

—Ahora vas a comer. Mientras esperamos a la persona que sabrá cómo ayudarnos.

Salimos de la iglesia, bajamos las escaleras. A la vuelta hay un puesto de tacos. Percibo el olor de la carne asada, de la longaniza frita, se me hace agua en la boca. Susana me pregunta qué quiero, ordena por mí. Ella no come, mira que sacio mi hambre y sed a pesar de lo apenado que estoy por no ser yo quien pague la cuenta.

Volvemos al recinto, no terminamos de entrar porque entre las personas que van de salida viene Alfredo, así lo llama Susana, le hace señas para indicarle que aquí estamos. Él también es joven, no más que ella, no menos que yo; delgado, más alto que Susana, un poco menos que yo, de buen parecer.

—Él es Joel —ella dice.

Nos presenta y explica lo que le he contado sobre el asalto, mi primo y el regreso a mi pueblo que deseo emprender.

—¿Adónde lo llevamos? —Pregunta Susana a Alfredo.

—Vayamos a la estancia —responde pensativo.

La seriedad de Alfredo me incomoda. Pienso que ha elegido a una novia buena y demasiado inteligente. Por el camino explica que la estancia a la que vamos es atendida por un sacerdote extranjero, en ese lugar viven algunas personas, jóvenes, señores, incluso niños de la calle que han tenido alguna adicción, o que son expresidarios. Dicen que él sabrá cómo ayudarme, seguro localizará a mi primo por medio de sus contactos y me dará hospedaje.

Caminamos por veinte minutos aproximadamente porque ni uno, ni otro traen dinero para que vayamos en un coche. Lo único con lo que contaban había sido destinado para mi comida. Caminan recio, tienen buena condición, en cambio yo, a pesar de estar delgado, siento que me falta el aire. Llegamos a la estancia, parece una casa residencial, las puertas y ventanas son de tipo colonial. Convencidos de la ayuda que esperamos, Alfredo llama por medio de la campana que funciona como timbre, jala una correa que cuelga de la orilla del enrejado del zaguán. Dentro se oyen unas pisadas que nos hacen pensar que alguien viene a abrir. Así sucede.

El padre Pietro, un hombre alto, robusto, de piel blanca y barbón, nos recibe. Alfredo y Susana lo saludan, “Buenas noches, padre.” Explican la razón de la visita a esas horas, ha oscurecido ya. El sacerdote dice que no puede ayudarme, que tiene muchos gastos, que no va quitarle el pan a sus necesitados por un desconocido que quién sabe qué mañas tiene, que su estancia no es beneficencia. Lo único que quiero es saber cómo llegar a casa,

porque sé que encontrar a Juan no será fácil. Es mejor ir al pueblo y ver la manera de que mi primo llegue.

—Acércate. Sí, tú —dice el sacerdote dirigiéndose a mí.

Saca un billete de veinte pesos de una de las bolsas de su camisa y me lo entrega con enfado. Recibo su limosna.

—Es todo lo que puedo darte.

Como sea le agradezco. Alfredo y Susana le dan las buenas noches y el hombre cierra la puerta. Damos la vuelta, cabizbajos.

—¿Ahora qué vamos a hacer?, dice Susana.

—Ya han hecho mucho por mí. Puedo seguir a pie, sólo díganme por dónde.

Ella mira a los ojos de Alfredo, quien tiene un gesto reflexivo.

—Vamos a casa —ordena.

—Vamos. Algo se nos ocurrirá —ella me dice.

Seguimos en sentido opuesto bajo la noche sin estrellas.

V

EL CUARTO

Caminamos sin decir ni una sola palabra. Entramos a un callejón solitario, al fondo atraviesa un puente peatonal que cruza los carriles de la autopista. Vamos subiendo las escaleras. Nuestro gesto es desalentador, aquella puerta se nos cerró. No imagino las intenciones venideras, apenas soy un desconocido confiado de dos desconocidos agradables. Considero pérdida de tiempo ir hacia donde ellos me llevan, qué más pueden hacer por mí si han hecho todo lo que estaba a su alcance. Estoy decidido a emprender mi camino para regresar al pueblo. Me culpo por mi mala suerte, no deseo que otros carguen con ella. En mi mente formulo la manera de decirles que vuelvan a sus casas, seguiré por mí mismo, que después de lo que ya he pasado no tengo temor.

Subimos las escaleras, tengo frío. Alfredo lleva como ventaja dos o tres pasos de los de Susana y ella, uno a los míos. Un dolor punzante en la pierna me paraliza.

—¿Estás bien, Joel? —dice ella.

—Nada grave, un mal paso me lastimó.

—¡Espera, Alfredo! —alza el tono de voz.

—¿Qué pasa? —él da la vuelta.

—¡Ven! —dice ella.

—¿Falta mucho? —le pregunto.

—Como diez minutos.

Cuando Alfredo viene a nosotros, Susana ya me ha cuestionado cómo me lastimé. Sin entrar en detalles, doy una explicación de los hechos.

—¿Puedes continuar? —me pregunta él.

—Sí.

Seguimos con lentitud, paso que sólo consiento. Voy apoyado del barandal. Antes de bajar los últimos escalones, me desvanezco, ya no sé qué pasa.

Recobro el conocimiento, me encuentro en un cuarto iluminado con la luz exterior que entra por la ventana. Estoy acostado en una cama cómoda, cubierto de cobijas con olor a suavizante. Intento enderezarme, no puedo, la cabeza me da vueltas. No termino de abrir los ojos pero tengo la imagen de una pared blanca con flores de color pastel en una esquina. ¿Dónde estoy? Ayer..., anoche..., trato de recordar, saber cómo llegué hasta acá. Mi mente en blanco no me da respuestas. Entre dientes pronuncio “Susana. Alfredo.” Tengo un sobresalto. Creo que se olvidaron de mí, que sueño, y ahora debo dormir porque siento pesadez en los párpados. Lucho contra ella mas no puedo, mis ojos se cierran.

Escucho murmullos en el pasillo. Siento en la frente una mano suave, “la temperatura cedió”, oigo una voz. No sé cuánto tiempo ha pasado. Abro los ojos y Susana está aquí, me mira compasiva.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

—Mareado.

—Te repondrás pronto.

—Creí que me habían olvidado.

—No lo hicimos —sonríe.

—¿Y Alfredo?

—Salió a hacer unas cosas.

—¿En dónde estoy?

—En mi casa.

Es el tercer día que estoy en la ciudad. Dice que me desmayé, que trataron de hacerme reaccionar pero no respondí cuando pronunciaron mi nombre, aflojaron mis zapatos y tampoco. Se preocuparon mucho, ella pasó uno de sus dedos por mi nariz y confirmó que respiraba. Alfredo, su hermano, fue hasta la avenida a conseguir un taxi, tardó un poco, pero al fin llegó. Estaba temerosa porque a esas horas por la calle del puente casi no pasa gente, y porque en diferentes ocasiones se han cometido robos por aquella zona. Me subieron al carro. Al llegar a casa llamó con gritos desesperados a su mamá, quien salió espantada y tras ella, su padre. Mientras la mamá pagaba al taxista, los dos hombres de la casa me cargaron hasta la cama más cercana, la de la habitación de Susana. Un doctor, amigo de la familia, vino a consultarme. Deshidratación y agotamiento, diagnosticó, además de golpes y raspaduras en el cuerpo. Reposo, descanso, analgésicos, mucho líquido y cuidados para la recuperación, recetó. La explicación es interrumpida por una mujer que habla tras la puerta entre abierta.

—¿Despertó el joven? —dice una voz semejante a la de Susana.

—Sí, mamá. ¡Ven! —Susana dice jubilosa.

La señora entra. Se llama Raquel, no rebasa los cuarenta años; el parecido entre hija y mamá me hace imaginar que así será Susana cuando sea más grande: esbelta como ya lo es, el mismo tono de piel, maquillaje ligero, aunque ella conservará el castaño de su cabello y no lo teñirá de ningún tono rojizo como el de su madre. Admiro sus parecidos y su bondad.

—¿Cómo te sientes? —dice Raquel.

—Mejor.

Permanece algunos minutos parada a los pies de la cama. Expresa el gusto por encontrarme con vida, su preocupación y me pregunta por algún número telefónico en el que se pueda contactar a un familiar. Le dicto el de la tienda de Chabela. Sabe la situación por la que vine al DF, el asalto y más detalles de los hechos. Resalta la importancia del reposo que recomendó el doctor. Me dejan un momento a solas, van a otro cuarto a hacer la llamada. Regresan con la noticia de que el teléfono está fuera de servicio, quizá por falta de pago. Sin más que hacer por el momento, se dedican a mi cuidado.

—Te traeré algo para que tomes —dice Raquel y sale.

Estoy instalado en la casa de la familia Velasco, por ventura no fui abandonado a mi suerte, me siento protegido, empiezo a creer que mi recogimiento es obra divina. La única explicación que encuentro a la no indiferencia de los hombres es la nobleza. Ha pasado otro día y ni mi familia ni yo sabemos de nosotros. Tengo la corazonada de que la tía ha muerto. Quiero ir a mi casa, quiero ver a Juan, quiero poder mantenerme de pie y no dormir más. El medicamento que me administran causa sueño.

Bebo el té de árnica que la madre de Susana me trae. Comenta que hace bien para los golpes, lo sé. Dicen que no desespere, que me ayudarán, que lo importante es que esté bien para poder volver a mi hogar. Deseo el encuentro con mi familia, que Juan venga y juntos solucionemos la situación. Comienzo a parpadear, pierdo el control de mi cuerpo, cabeceo.

—Dejémoslo que descanse —dice Raquel a su hija.

—No quiero dormir. Tengo que llegar —digo entre dientes.

—Descansa, Joel —Susana baja la voz.

Cierran la puerta y se van. Ya no me resisto al sueño, duermo con la tranquilidad de que todo marchará mejor con respecto a mi salud, comprendo

que debo reponerme para seguir el camino. Al cerrar los ojos, nada me preocupa.

Después de horas dormido, despierto. El cuarto está oscuro, supongo que es de noche, ya no veo ni un destello de luz entrar por la rendija de la ventana. Escucho el “tic, tac” de las manecillas de un reloj. Percibo tanta tranquilidad, parece que yo estoy solo en casa, ¿a dónde han ido los demás? No me queda más que esperar a que alguien venga y encienda el foco, no sé dónde está el apagador. Siento la necesidad de ir al baño, no puedo contenerme tanto, estoy a punto de bajar de la cama e ir a buscar el sanitario. Alguien camina hacia el cuarto, escucho pasos. Bajo la puerta se marca una línea de luz. Una persona la abre. Me muevo tratando de enderezarme.

—Ya despertaste —afirma.

Enciende la luz del cuarto. Lo miro sorprendido de no saber quién puede ser, el hombre es alto, robusto, de barba, piel blanca y gesto serio. Antes de que entre Alfredo, me siento intimidado por él.

—Hola, Joel —saluda Alfredo.

—¿Has descansado? —pregunta el hombre.

—Sí —lo miro con timidez.

—Es mi papá —dice Alfredo.

Agradezco la hospitalidad. Ante la pregunta obligatoria: qué te pasó, comparto con el señor Francisco mi desgracia. Raquel y su hija entran.

—Es hora de cenar, papá —Susana interviene.

—¿Cómo te sientes, Joel? —pregunta Raquel.

—Mejor, pero le digo a su esposo que todavía estoy mareado.

Toda la familia está reunida. Me queda claro que Alfredo y Susana son hermanos, cuando caminamos hacia la estancia pensé que por el trato que se

daban: él la tomaba del brazo, la cuidaba mucho, se lanzaban miradas en complicidad y ella le sonreía, sostenían otro tipo de relación. Nadie que no los conociera iba a imaginar su parentesco, pues no se parecían mucho.

Francisco y Raquel son gente agradable, jóvenes para tener hijos jóvenes. Se casaron antes de cumplir veinte años de edad. En cambio mis padres aunque contrajeron nupcias chicos, rebasan los cincuenta y sesenta y tantos años. Le expreso mi admiración por su familia que es tan unida.

—Por esta noche no te preocupes más. Vamos a cenar, hijo —dice Francisco.

Dada mi condición, optan por compartir los alimentos dentro del cuarto. Mientras las mujeres acercan la cena a una mesita que Francisco coloca a la altura de la mitad de la cama, le digo a Alfredo que quiero ir al baño. Apoyado de su hombro me conduce fuera de la habitación, del lado izquierdo, al fondo. Cuando volvemos la cena está servida. Alfredo recita una oración para que sean benditos los alimentos que nos llevamos a la boca. Me siento dichoso de agradar a la familia.

Es hora de dormir, nos damos las buenas noches y cada uno va a sus cuartos. Susana ocupa el de Alfredo y él comparte el mismo que yo. Tiende un tapete, cobijas en el piso y duerme allí para estar al pendiente de lo que pueda necesitar.

Es de mañana. Alfredo se levantó ya. La habitación huele a fresco, a algún limpiador aromatizado. Raquel viene a darme el desayuno: té, jugo, sopa caliente y un pan, después la pastilla para el dolor. El resto de la familia ha salido temprano a cumplir con sus compromisos de trabajo y de la escuela. La

señora permanece en casa, en uno de los cuartos, haciendo unas costuras, me dice que la llame si necesito algo. El resto de la mañana sigo recostado. Todo está tranquilo, no hay ruidos de ningún tipo. Comienzo a aburrirme. Cuento hasta hoy los cuatro días que he pasado en la ciudad, desespero ante mi imposibilidad para huir. Viene a mi mente la imagen de Susana, trato de recordar la de Mercedes y no lo logro, se ha borrado. Hoy que me siento más lúcido, noto el tocador que está a un lado, de frente, a la altura de la cabecera, en una esquina de la pared. Me entretengo mirando cada uno de los perfumes que hay sobre él, un labial, aretes y el espejo. “Un aroma para cada día”, pienso. Dormito hasta la hora en que Raquel me trae de comer. Dice que volvió llamar a Chabela pero la línea sigue suspendida.

Por la noche, nos volvemos a reunir. El hijo y su madre acercan la mesita de madera, sillas y los alimentos de la cena. Espero la entrada del padre y la hija. Me intriga la ausencia de Susana, el no saber más sobre sus actividades de este día. Cómo comer si ella no está, la pienso como una persona importante a quien hay que esperar el tiempo necesario. Alfredo y Raquel están despreocupados, quizá porque también falta Francisco.

—¿Y tu papá y tu hermana, no vendrán? —pregunto a Alfredo.

—Aún tardarán. Mi padre llega muy noche del trabajo. Y Susana no cena en casa cuando va a casa de Carmen, una amiga.

—¿Y tú trabajas?

—Por ahora estoy haciendo unos trámites para entrar a la universidad. Tengo el tiempo libre. A veces ayudo al párroco en algunas actividades que me solicita.

—Joel, ¿cómo te has sentido? —dice Raquel.

Mi estado ha mejorado, aunque tengo el cuerpo adolorido y me falta fuerza en las piernas. Agradezco las atenciones que recibí desde que los encontré en aquella iglesia. Reconozco que si no hubiese sido por el interés de Susana, estaría más perdido que cuando esos bandidos me asaltaron, al no encontrar al sacerdote, tendría que haber emprendido el camino de la misma forma como lo venía haciendo y tal vez si me hubiera desmayado en la carretera, alguien más se hubiese apiadado de mí, o seguiría indiferente ante los otros, no lo sé. Es difícil tenderle la mano a quien lo necesita, vivimos desconfiando el uno del otro, da lo mismo si te ven llorar o morir. Uno nunca sabe cuáles son las verdaderas intenciones de la gente. Los hijos de Raquel me hicieron creer que a pesar de la crueldad de la humanidad existe la bondad que sólo algunos son afortunados de conservar. Terminamos, recogen la mesa, la madre de Alfredo se retira a descansar y él acomoda el tapete para recostarse.

A la mañana siguiente Susana es la primera en darme los buenos días. Sonríe, dice que me ve mejor, que todo va a estar bien cuando le expreso la preocupación por mi familia al no saber cómo están. Su optimismo me reanima. Huele a limpio, está recién bañada, vuelvo a sentir la misma pena de cuando la vi por primera vez. La barba comienza a notarse y no tolero mi olor a sucio. Apenado le digo que quiero asearme, que me permita hacer uso de su baño. Llama a Alfredo para que me auxilie, pide que me preste ropa, y me proporcione accesorios de limpieza personal.

Apoyado del hombro de Alfredo voy al baño.

—Aquí te dejo una toalla, ropa, cepillo, rastrillo. Estaré en el cuarto de a lado por si necesitas algo —dice servicial.

Abro la regadera, el agua está caliente, relaja los músculos de mi cuerpo, siento alivio en las partes golpeadas y pronto me libero del polvo y el

sudor escurrido en las sienes. Sobre el azulejo azul veo correr la mugre de lunes, martes y miércoles. Me rasuro, me cepillo, estoy reconfortado. El baño relaja. Mi imagen cambia, es digna de conquistar, de ser mirada por alguna muchacha. Abro la puerta, Alfredo está atento, apenas doy unos pasos y sale apresurado del cuarto en el que está, vuelvo a apoyarme en su hombro.

Basta el resto del día para comenzar a planear cómo regresar al pueblo, pienso que debo aprovechar el tiempo para buscar a Juan. El médico viene a la casa para revisar cómo sigo, dice que todavía debo guardar reposo para que poco a poco recobre la flexibilidad del cuerpo, y se desinflan por completo los golpes de la costilla. A estas alturas mis padres deben de estar preocupados, no sé quién de los tres lo esté más, si ellos o yo porque no sabemos nada el uno del otro.

Aunque mi voluntad para emprender el camino de regreso es grande, aún no tengo la suficiente fuerza para seguir. Necesito resolver la situación que se vio interrumpida al momento de mi desmayo. Me siento en deuda por no cumplir con la voluntad de un moribundo. Ante las indicaciones del doctor muestro desesperación, pero Alfredo comienza a planear cómo localizar a mi primo para que sepa de mí, dónde estoy y pronto me venga a ver.

VI

EN RECUPERACIÓN

Llevo seis días en la ciudad, no sé qué es más fácil, si regresar al pueblo o buscar a Juan. Tanto Alfredo como Susana insisten en que hay que localizar a mi primo. Será mejor que venga a mi encuentro lo más pronto posible. Están convencidos del progreso de mi recuperación pero en estas circunstancias conviene que un familiar esté al pendiente de mí. La puerta del cuarto se encuentra entreabierta, desde la cama escucho a Raquel decir a su esposo que tenerme de huésped implica mucha responsabilidad, no por los cuidados o porque estuviese grave, sino por lo que la gente podría pensar o incluso mi misma familia: pueden creer que me han secuestrado, o qué tal si empeoraba mi salud, o moría, y luego qué iban a hacer, que aunque parezco un buen muchacho, en verdad no me conocían.

Los esposos siguen hablando, dejo de escuchar con claridad, se han alejado del pasillo. Ciertamente, creo que la gente actúa de buena voluntad, las cosas pueden mal interpretarse. Los últimos dos años que pasé en el pueblo, Mercedes iba con frecuencia a mi casa, era acomodada con los quehaceres pero a mi tía no le agradaba que estuviera tanto tiempo metida y menos cuando se portaba cariñosa conmigo, porque nos decía “No hagan cosas buenas que parezcan malas. La maldad no está en ustedes pero sí en la gente que juzga.” Los Velasco habían hecho mucho por mí, con esto ganaban el cielo. Hoy en día quién aloja en su casa a un desconocido, como si arriesgarse fuera una decisión fácil. Las atenciones, el alimento de cada comida y las comodidades que me brindaban para mi pronta recuperación, eran

desinteresadas. Renace en mí la esperanza, creo que pronto me reencontraré con Juan, lo imagino. Susana es la primera en darme el buen día.

—¿Cómo te sientes hoy, Joel? —está contenta.

—Con más fuerza.

—Me da gusto.

—No sé cómo voy a agradecerles su generosidad.

—No te preocupes por eso.

—Qué pena. Cuántas molestias.

Estoy apenado de no hacer más que comer, descansar y dormir. Le expreso mi intención por ponerme de pie.

—Está bien. Intentémoslo.

Requerimos la ayuda de Alfredo. Parezco un bebé dando mis primeros pasos. Camino un poco por la habitación, mi ánimo mejora. Pienso que de no haber ejercitado las piernas pude quedar tullido. Aún sigo mareado y pierdo el equilibrio. Reposo un momento sentado en la orilla de la cama. Ante mi iniciativa por levantarme, dicen que desayunaremos en el comedor. Susana se adelanta a comunicarlo a su madre.

Su hermano me conduce a la otra parte de la casa que desconozco. Al salir del cuarto se detiene en la puerta del otro, entra, apaga la lámpara del escritorio, cuando lo hace, su mano roza con un libro que sale de la torre de cuadernos y libros amontonados, lo levanta del piso y lo coloca en el librero, entre otros tantos. Vamos al comedor. La mamá y Susana sirven el desayuno.

—¡Joel, buenos días! —dice Raquel sorprendida.

—¡Buenos días, señora!

—Veo que estás mejor.

—Sí.

—Siéntense, muchachos —ordena a todos.

La mesa es redonda, de madera, color caoba; al centro hay un florero sin flores. Los demás muebles son rústicos, todas las cosas están ordenadas: televisión, videocasetera, estéreo, películas, CD, ocupan su espacio en un mueble de la sala; figuras y adornos, en el del teléfono. El olor a comida se expande por toda la casa. Estoy sentado en dirección a la cocina, percibo el calor que desde dentro se genera y que sale en forma de vapor cuando Raquel abre la puerta para traer el último plato que sirvió. Ahora le toca a Susana decir la oración de los alimentos: pide que sean bendecidas las personas que llevaban el pan a casa. “Amén.” Comemos el menú: chilaquiles verdes acompañados de un huevo, jugo, pan y café.

—Falta su esposo —digo.

—Salió temprano —dice Raquel indiferente.

En cuanto pregunto por Francisco, hay un silencio que me hace sentir que he cometido una imprudencia. La mamá mira a sus hijos entristecida. Durante mi estancia, en medio de mi convalecencia, noté la unidad familiar, admiré el trato cordial que se daban y compartían conmigo. Esta mañana no dejan de ser atentos pero percibo el ambiente melancólico. Miradas ausentes, rostros con sonrisas fingidas, ojos llorosos, mentes pensativas. Algo ocurre, infiero. Callo porque no me siento con la suficiente confianza de cuestionar su estado de ánimo, creo estar de sobra en la mesa, en una supuesta conversación que deben tener. Pienso que Susana es muy débil ante cualquier situación que pasa, se ve más afectada que los otros. La ausencia del padre es notoria, se extraña su plática.

Sus semblantes me causan aflicción. Lamento no saber qué hacer al respecto. Y pensar que mis padres deben estar angustiados, qué pena deben

pasar por mi causa. Pienso a mi madre llorando. Bebo el café y por fin se rompe el silencio.

—¿Quieres más, Joel? —dice Susana.

—Así estoy bien.

La pregunta da pie a la plática.

—Pensamos que hay que dar aviso a tu primo de que te encuentras aquí.

Es el familiar más próximo a ti —afirma Raquel.

—Él es el único que está en el DF.

—¿En dónde vive? —pregunta Alfredo.

—No sé. Me había citado en Xochimilco, trabaja por ahí. Tampoco conozco ese lugar, por eso me perdió el taxista.

—¿Te acuerdas de algún número telefónico a donde se le pueda contactar? —dice Susana llena de esperanza.

—No.

Cuando salí de casa no me percaté de anotarlo en el mismo papel en el que apunté lo que me dictó Juan, lo único que tenía grabado era “*Xochimilco. Frente a la parroquia.*” El número de la caseta del pueblo no lo recordaba, lo había marcado en ocasiones pero recurría a la libreta en donde estaba escrito. Hice desidia y no lo memoricé. De todos modos, aunque sí lo supiera, los miércoles y jueves Chabela no abre la tienda, esos días los ocupa, uno para surtir los productos que hacen falta y, el otro para ayudar a su esposo con la cosecha. Sagrario acude a la escuela y luego se va con ellos al campo, no hay quien atienda el negocio. Viajé al DF cargado de preocupaciones, con la presión del tiempo, la tía, mis padres agobiados, el dinero que necesitábamos para cubrir los gastos, el apuro por llegar puntual con Juan. Todo surgió tan de improvisto que vine a perderme.

El único dato que tenemos de Juan es que trabaja en Xochimilco. Es probable que aún no haya ido al pueblo, pues necesitaba conseguir dinero, por lo menos para el pasaje.

—Xochimilco es amplio —advierte Susana con desánimo.

—Como sea, lo vamos a buscar —insiste Alfredo.

—¿Y cómo es tu primo? —pregunta Susana.

Juan no tiene ojos verdes aceitunados como los míos, tampoco es de piel blanca ni de cabellera castaña, pero sí es delgado, no menos que yo, alto, no más que yo, de cabello negro y rebelde, apiñonado como su padre. Seguramente existen muchas personas con estas características, pero no con una cicatriz en la barbilla. Tal descripción daba una idea de cómo era físicamente mi primo.

—¿Cómo se apellida? —dice Susana.

—Molina.

—Comenzaremos la búsqueda —dice Alfredo.

—¿Está lejos Xochimilco? —pregunto sorprendido de que hablen de buscar a Juan como una actividad sencilla.

—A una hora —dice Raquel.

—¿Caminando?

—En carro —Susana sonríe.

Alfredo me explica cómo se llega hasta allá desde la avenida Taxqueña, en donde abordé el taxi. Quedo maravillado. La ruta no era nada complicada, estuve muy cerca de la zona, incluso más próximo cuando el chofer me llevó por el puente, qué coraje me da saber que al bajar de éste iniciaba Xochimilco, confiado de él, caí en su trampa. Si tan sólo hubiera mostrado seguridad o bastaba con no decir nada. Estoy indignado de tal burla.

—No te culpes de algo que no sabías —dice consoladora Raquel.

Paso del lamento al optimismo, centro mi esperanza en la resolución de mi desventura. Todo se solucionará, hoy, mañana, pasado... No lo sé con certeza pero creo en el encuentro con Juan.

Terminamos el desayuno, se recoge la mesa. Raquel me invita a pasar a la sala. Enciende el televisor y pone a mi alcance el control. Sus hijos se preparan para ir en busca de Juan. Entra a la cocina, coge una bolsa y vuelve a la sala.

—Más tarde volveremos. Mi mamá se quedará en casa para lo que necesites —explica Alfredo.

—Haré unas compras cerca, no tardo, Joel. Si quieres puedes darte un baño —propone Raquel.

Los tres salen. Sigo sentado en el sillón, su respaldo suave, acolchonado da soporte a mi espalda adolorida. La casa está construida con adoquines, en uno de los muros cuelga un cuadro de La Última Cena, en otro una imagen abstracta a la que no le encuentro forma. Tengo curiosidad por saber cómo es el paisaje de fuera. Al lado de la puerta de entrada hay una ventana, voy a ella con dificultad. Recorro la cortina. Admiro el jardín limpio, cuidado, repleto de rosas, margaritas y alcatraces, esto es el patio. Más allá de la barda sólo alcanzo a ver el cielo despejado, me recuerda al de mi pueblo, libre de smog.

Vuelvo al sillón. Trato de distraer mi atención en el comercial que pasan en la televisión, hace tanto que no sé de programas, series, películas, de lo actual en la tele. La comodidad que gozo me es grata, aunque zanganear no es ninguna cualidad. Me aburro, no hay nada interesante. Quién puede ver estas cosas: chismes que sólo quitan el tiempo cuando hay tanto que hacer. Viene a mi mente la tía enferma que no veo desde que partí a Sacramento, me angustia

pensar en ella. Cómo ha de seguir, deseo que viva, fuera de peligro, curada. O si acaso murió ya o está por morir, qué dolor. No quiero pensar más en la muerte. He escuchado que la mente es poderosa y avanza rápido, uno puede imaginarse la gloria y al mismo tiempo el infierno, por poco y mato a mis padres. Soy realista, cuando me vine del pueblo la tía estaba muy mal y pidió ver a su hijo, lo cual significaba que quizá sería la última vez que estuviera con él. Juan no la abandonó, vino en busca de una oportunidad, en busca de trabajo, en busca de algo más que el campo. Su madre estaba afectada física y emocionalmente. Apago el televisor. Voy al cuarto, luego me doy un baño. Cuando vuelvo a la sala Raquel ya está de regreso.

—Regresé, Joel. Pensé que te habías ido ya —bromea.

Comenta que ha visto al doctor, le dio una pomada que ayudará a cicatrizar las heridas, como la que tengo en la espinilla. La unta en mis pies, me doy cuenta que una madre hace todo lo posible porque sus hijos estén bien.

—Qué pena con usted, sus manos están limpias y mis pies muy maltratados. Pensaré que soy tan inútil —le digo.

—Mi intención no es hacerte sentir mal.

—He dado tanta molestia, gastos... —interrumpe.

—No te apenes, lo mismo pudo pasarle a uno de mis hijos.

Agradezco su gesto. La señora prepara la comida y yo reposo en el sillón. Termina los quehaceres y yo espero ansioso que la puerta se abra y entre Juan en compañía de Susana y su hermano. Creo que así será porque ella me encontró a mí.

La ilusión que tengo pronto se desvanece cuando los veo llegar sin mi primo. Lamentan no haber tenido alguna noticia de él. Anduvieron

preguntando en locales, tiendas, incluso esperaron en la parroquia un largo rato por si acaso lo veían. Nadie les dio razón de Juan Molina.

—Pero mañana daremos otra vuelta —asegura Alfredo.

Deseo estar completamente sano para ir con ellos. Descanso en el cuarto hasta la hora de la cena. Nos reunimos otra vez en el comedor, Francisco no está. Luego nos retiramos a dormir. Pienso en el nuevo día que está por llegar. Me invade la tristeza al borde del llanto, trato de contener las lágrimas. Alfredo descansa en la misma habitación. Cierro los ojos y se me figura el rostro de mis padres. Mi estancia en la casa no iba a prolongarse la semana completa.

Duermo imaginando que todo es un sueño, que al despertar estaré en mi casa, a punto de viajar la ciudad para reunirme con Juan y cuando le contara a Martín lo que soñé, lo tomaría con gracia al decir que esa historia tendría que escribirla para una telenovela. Ambos nos reiríamos.

VII

TIEMPO ATRÁS

Como un niño que despierta en busca de los regalos que los reyes magos le han traído, despierto con más ilusiones que el día anterior. Alfredo sigue dormido. Voy a la sala, Francisco está ahí, recostado en el sillón, cubierto por una cobija. Supongo que no hace mucho ha llegado, duerme profundamente. No puedo deambular libre por la sala, todos duermen. Parece que es día de descanso o que he despertado más temprano de lo acostumbrado. Regreso otra vez al cuarto, me recuesto sin lograr el sueño. Más tarde se empiezan a escuchar ruidos en el pasillo. Alguien toca la puerta anunciando que es hora de desayunar, no distingo bien si es Raquel o su hija, pues tiene un tono tan parecido: suave voz. En cuanto Alfredo se levanta, nos preparamos para ir al comedor.

—¡Qué tal, muchacho!, ¿cómo sigues? —pregunta Francisco.

—Mejor, señor.

—Ya veo.

Las siguientes horas continuamos con la rutina: dormir, comer, asearme, descansar, todo lo que contribuye a mi recuperación, quehaceres que los demás hacen. Susana se encierra en el cuarto de estudio, después de un largo rato sale a la sala a mostrarnos una hoja en la que escribió un recado para Juan:

Primo Juan, estoy en la ciudad.

Tuve un contratiempo, me encuentro bien.

Mañana te espero a las 12 del día afuera de esta parroquia.

A. T. T. E. Joel C. Molina.

—Estaba haciendo una tarea y se me ocurrió escribir esto —dice.

Consulta con nosotros la idea de sacar copias del escrito para pegarlas alrededor de la parroquia, en algunos locales, los más próximos. Agrega que deben pegarse este mismo día para que dé tiempo de que Juan lo lea y mañana poder encontrarnos a la hora indicada. Alfredo halaga el ingenio de su hermana.

—Me parece bien, pero anota la fecha de hoy y la de la cita —indica Alfredo.

—¿Crees estar mejor para mañana? —me pregunta Raquel.

—Es necesario que Joel esté presente, él sabrá reconocer de inmediato a su primo —aclara Susana.

—¿Tendrá fuerza?, no se vaya a desmayar. Parece que está mejor, pero hay que esperar a ver cómo sigue mañana —dice Francisco preocupado.

—¿Y tú qué piensas, Joel? —dice Alfredo cediéndome la palabra.

—Sí quiero ir para reunirme con Juan, así será más fácil regresar al pueblo. Seguro que ya ha de haber conseguido dinero y nuestro regreso evitará más complicaciones. Si ustedes me hacen favor de llevarme, se los voy a agradecer.

Para que el plan funcione, acordamos que repose este día. Raquel y sus hijos se dirigen a pegar los avisos mientras su padre me hace compañía. Miramos el televisor. En algún comercial inicia una plática sobre la familia. Comenta que tiene buenos hijos, él señala que la unidad y el respeto que hay entre Alfredo y Susana, los inculcó desde pequeños, que han sabido llevarse

bien a pesar de sus desacuerdos. “Sólo enojos”, dice, porque pelear como otros hermanos lo hacen no es admisible por sus padres. Habla de su familia: sus hijos, su esposa con tanto orgullo, que me siento mal porque siempre deseé escuchar algo así de mi padre. Él nunca expresó agradecimientos, un gesto de contento por algún logro que quizá tuve. Pienso en los méritos que tenía para ellos y con menos razón ahora, que era una mortificación, diría “te felicito, hijo”. Qué podría decir mi padre, su seriedad mostraba al hombre de carácter duro; en cambio mi madre siempre angustiada de todo y por todo, era una mujer sensible.

Un día que jugaba con Juan a corretearnos, resbalé y caí entre la gravilla tirada en el suelo. Mi rodilla se abrió, ante el dolor y la sangre que escurría, lloré. Mi padre me llevó a casa, curó la herida, parecía enojado y mi madre lloraba espantada. Pero la severidad que él posee la hizo callar. Hubiera querido ser consolado con palabras, así como las que le decía a Juan su mamá: “No llores. Le voy a pegar al piso y le dolerá más que a ti.” Nunca escuché a mis padres decirse cuánto se querían, por eso nunca dijeron algo semejante al padre de Susana.

Me siento incómodo ante el interrogatorio de Francisco, pienso que desconfía, aunque comprendo porque apenas me ha tratado. Ignora quién soy, de dónde vengo, sólo es de su conocimiento lo del asalto. En cambio ya no sentí la desconfianza por ninguno de ellos.

—¿Y vives con tus papás? —pregunta intrigado.

—Sí, también con mi hermano.

—¿Cuántos hermanos son?

—Solo uno, Martín.

—¿Tú eres el mayor?

—Sí, señor.

—¿De qué pueblo de Michoacán eres?

No tengo el ánimo para contestar a todo lo que pregunta sobre mí. Hay veces en las que quieres que el otro adivine tus pensamientos porque cuesta decir quién eres, qué quieres, qué piensas. Comprendo que Francisco también quiere sentirse acompañado y mediante la plática lo logra, “Cuando ellos no están hay un vacío en casa”, dice. Una manera de corresponder a las atenciones recibidas es que sepa más de mí.

—Soy de Apeo. ¿Y ustedes son del DF?

—Sí. Aquí crecimos y mis muchachos también. No hace muchos años llegamos a vivir a este lugar.

—¿En dónde trabaja?

—Soy conductor de una empresa de cosméticos.

—Supongo que es un trabajo cansado y si hay que conducir de noche más —le digo.

—¿Sabes manejar?

—Cuando estaba chico aprendí.

—¿Ha estado trabajando?

—Casi no tengo descanso.

Francisco piensa en cambiar pronto de trabajo, con frecuencia está ausente de casa y no convive con su familia. Gana bien, lo suficiente para solventar los gastos de sus hijos y los de su esposa.

—Si no aprovecho a mis hijos que todavía los tengo, después no quiero arrepentirme —dice reflexivo.

—¿Tienes novia, Joel?

—Sí.

Desde que recobré el conocimiento no había pensado en Mercedes, la primera imagen que tuve fue la de Susana, bella, simpática, dulce y animosa. Pronto me dejé consentir por las atenciones brindadas por ella y su familia. Algo ha cambiado con respecto a mis sentimientos, soy yo, las circunstancias, esta lejanía, no lo sé. ¿Qué va a pasar cuando regrese?, ¿cómo miraré a Mercedes? Si aún la amo debe significar el impulso para encontrar el camino y también pensarla con anhelo. Se me ha borrado su rostro, el recuerdo de la última vez que nos vimos. Ella no es capaz de olvidarme, pienso que espera mi regreso para un día formalizar nuestra relación. ¿Y si ya no volvemos a vernos? Seguro llorará, compartirá su pena con la de mi madre. Imagino mi vida a lado de Susana, suspiro.

—¡Ah, muchacho!, qué enamorado estás.

Sonrío apenado.

—¿Piensas casarte pronto?

—No creo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—Todavía estás joven.

—¿Sí, verdad?

—Por supuesto.

Cómo casarse cuando no se está preparado para dar un paso como éste, cómo hacerlo si no estoy convencido de querer lo suficiente a Mercedes. Antes de formar mi propia familia, iba a asegurarme del porvenir de mis padres y el de mi hermano. Trabajaría arduamente hasta que lograra mi propio patrimonio. Y si Mercedes supiera que últimamente no he pensado en ella, seguro se desilusiona de mí.

Estoy avergonzado de no sentir más que aprecio por ella. Tengo presente una de las lecciones de catecismo donde me enseñaron que no sólo se peca de palabra, obra u omisión, también de pensamiento. Sustituir a Mercedes por Susana me hace acumular más pecados. No se me olvida la promesa que le hice cuando sentí que iba a morir, a mi regreso llevaré flores al Cristo de la iglesia, y ante su presencia podré arrepentirme de mis malas acciones.

—Yo me casé a tu edad, después nació Alfredo.

Admiré su decisión y la fuerza que tuvo para formar una familia. Las cosas deben pensarse bien, yo no adquiriría un compromiso así, nada más de repente. En el pueblo la mayoría de las personas se casan muy chicas, a mi edad ya es uno viejo, “el tren se te está yendo”, dicen los mayores. Y las mujeres son unas quedadas que deben servir a sus padres.

Francisco me comparte cómo conoció a su esposa.

—A Raquel la conocí en la parada del camión. Todos los días estaba ella ahí, desde las cinco de la mañana, esperando el camión para ir a trabajar. Los dos como fuimos los mayores de los hermanos en nuestras familias, trabajamos a muy temprana edad. Siempre que yo llegaba a la parada la saludaba, esperanzado en que me hiciera la plática, pero apenas y contestaba el saludo. Era muy seria, pero demasiado bonita como para dejarla ir. Gracias a un mal incidente que nos pasó en el camión comenzamos a salir. Esa mañana el transporte iba muy lleno, se había retardado y no nos quedó de otra más que abordarlo así. Ella subió primero y después yo, casi nos fuimos colgando, teníamos que llegar al trabajo. Conforme la gente bajaba, había que recorrerse hasta la puerta trasera, si no, el conductor no paraba. Un señor comenzó a molestar a Raquel, la andaba cortejando, quiso sobrepasarse, pues

la vio sola y en eso que le digo: “¡Cálmate, cabrón! O te pongo en la madre” El viejo ése que se baja. A la siguiente parada nos bajamos nosotros dos y me dio las gracias. A partir de ahí, me empezó a hablar, y así hasta que la hice mi novia y luego nos casamos. Mi suegro no estaba muy contento pero finalmente formamos esta familia.

Su historia me gustó. Quiero conocer más sobre su vida pero debe ir a trabajar. Va a su cuarto y yo sigo mirando el televisor. No estoy atento al programa, pienso en Susana.

Alfredo llega antes que su mamá y su hermana, con unas compras del supermercado. Su padre pregunta por ellas, dice que se han detenido a comprar otras cosas para la comida. Los dos preparan una ensalada que acompañamos con un pollo rostizado, papas y sopa que Raquel y Susana traen. Sobre Juan no hay ninguna novedad. Francisco está a punto de irse, así que termina de comer antes que todos. Vuelve a su cuarto, pasa por el pasillo hacia el baño, regresa al comedor y se despide. Besa la frente de su hija y de su esposa, da una palmada en el hombro de su hijo y la repite conmigo. Coge la chamarra del sillón y sale. Terminamos. El resto de la tarde vemos dos películas de acción, comemos palomitas y bebemos refresco.

Bastan las horas que concluyen e inician un nuevo día para recuperarme, forzado por el ansia de volver a casa. Esta mañana termina la rutina, estoy dispuesto a llevar a cabo el plan que acordamos ayer. Voy a conocer Xochimilco, a encontrarme con Juan. Alfredo y Susana son mis guías.

—¿Y si no llega tu primo?, ¿qué harás? —me dice Raquel.

—Voy a regresar a mi pueblo —digo alentado.

Parece sencillo “regresar a mi pueblo”, como quien tiene dinero de sobra para ir y venir. En la bolsa del pantalón conservo el billete de veinte pesos que me dio el sacerdote de la estancia, pero no es suficiente para llegar.

VIII

DÍA DE PLAZA

Ayer pegaron los avisos para Juan. No quiero hacerme falsas ilusiones, lo intentaremos con esperanza. Susana se arregló como para ir a una fiesta. Usa un vestido y un poco de maquillaje, parece mayor a su edad, luce radiante. Como la veo emocionada, auguro el encuentro con mi primo. “Lo encontraremos”, afirma con plena confianza, cuando fija su mirada en un punto de la ventana. Deseo tanto que así sea. No importa lo que diga, su voz me transmite seguridad, creo en ella, en Alfredo, en sus padres. Pienso que no nos acompañará, que tiene una cita. No me atrevo a preguntar, ¿quién soy yo para pedirle cuentas, para exigir que no nos abandone? Si ni su madre la cuestiona al respecto.

—¿Cómo me veo? —pregunta a Alfredo.

—Bien.

—Te quedó bien este vestido. ¿Te mediste el otro? —dice Raquel.

—Todavía no.

—No vamos a ninguna fiesta, Susana —aclara Alfredo.

—Quiero estrenar. Por eso te pregunté si me veo bien.

—Sí, pero casi no lo usas.

—Es un regalo de papá.

Se cohíbe cuando da la vuelta y se percató que he estado viendo y escuchando desde el sillón su conversación.

Después del desayuno salimos de casa en dirección a la parada del transporte. Raquel nos despide con el deseo de que nos vaya bien. Por fin respiro el aire del exterior, me siento libre, despejado del encierro. Tengo la

sensación de haber despertado de un letargo. Oigo el canto de unas aves, elevo mi vista hacia lo alto del poste del alumbrado público, son tres pequeños pájaros que reposan sobre los cables. Por el camino observo, trato de grabar cada paso que damos sobre las calles empedradas, frente a casas de variadas fachadas. La vegetación del poblado es abundante en árboles, cerros verdosos y grandes campos de sembradío.

—¿Qué siembran? —digo admirado.

—Calabazas, maíz y otras verduras y legumbres —contesta Alfredo.

—¿Ustedes siembran?

—No tenemos terrenos —sonríe Susana.

Vamos caminando y a quienes nos encontramos en el camino los saludan con aprecio, “Buenos días. Qué tal joven, cómo está señorita. Hola Alfredo. Saludos a sus papás.” Me acuerdo de la gente de mi pueblo, es atenta, siempre que van por la calle, a la hora que sea, se saludan. Y si alguien de la ciudad fue de visita, le dan un trato amable aunque no lo conozcan. Pienso en lo bueno que Susana y Alfredo han hecho para merecer la simpatía de sus vecinos, la amistad, el aprecio. Admiro su sencillez. Cómo agradecer su generosidad. Espero resolver mi situación para pagar de alguna manera su ayuda.

—Ahí viene el microbús —señala Alfredo y hace la parada—, subamos. Abordamos el transporte.

—Alcanzamos asiento —dice Susana.

En la parada siguiente el microbús termina de llenarse. El chofer ordena que se recorran para que pueda subir la demás gente que ya no cabe, pero se aferra a un espacio casi encima de quienes vamos sentados. “Ya no hay lugar. Dónde van a caber”, reclama una señora con tono agresivo. La música del

estéreo va a todo volumen. “Apúrate, tenemos prisa”, dice enfurecido un hombre. Pero al conductor parece no importarles los reclamos de nadie, tararea una cumbia.

—¿Tenemos que transbordar? —pregunto a Alfredo.

—Esta ruta nos deja directo a donde vamos.

—¿Todos van para allá?

—Algunos, otros bajan antes —dice Susana.

La paciencia de Alfredo parece no acabarse, me doy cuenta de que es una persona serena, no se enfurece por el escándalo de la música, por lo apretados que vamos en el asiento, por la lentitud del conductor, por el llanto inconsolable del bebé que lleva en brazos una joven madre, todo lo toma con calma. Los pasajeros están abrumados. Cuando fuimos a la estancia yo ya estaba muy cansado y adolorido, pero él y su hermana caminaban ágilmente. Llegué a pensar: “¡Qué buena condición tienen!”; quedé impresionado con la de Alfredo, quien llevaba como ventaja dos o tres pasos delante de los míos, y Susana, al darse cuenta de mi desventaja, caminó a mi paso. En su casa me explicó las rutas por dónde ir y por dónde no, para llegar a Xochimilco. Resaltó la importancia de estar alerta en todo momento, de identificar paradas, puentes, tiendas, sitios principales que indicaran alguna ubicación.

Por la carretera pasamos otros poblados de semejante vegetación, la gente que va de pie no me permite ver más. El trayecto me parece largo. Avanzamos a punta de frenones sobre curvas cerradas, vamos descendiendo de las alturas de las montañas hasta llegar a un cruce. Detenidos por el semáforo, algunas personas bajan.

Admiro el paisaje tras cristales rayados: de frente una resbaladilla, un columpio y otros juegos apenas visibles, el parque está rodeado de palmeras y

cercado con malla. A mis espaldas un pequeño jardincito adorna la entrada de una iglesia. Sobre la banca un vagabundo recoge migajas de las latas del bote de basura que está próximo a un puesto de periódicos. Me siento dichoso de haber saciado mi hambre, del amparo encontrado. Lamento la vida de aquel hombre que pese a su miseria parece complacido de hallar sólo desechos.

—Aquí es Xochimilco. Pero ésa no es la catedral —advierde Susana.

—¿No? —digo sorprendido.

—Cuando pasemos el cruce estaremos entrando al centro. La Catedral se encuentra allí; es inconfundible entre tantas capillas que hay en Xochimilco —explica Alfredo.

Pasando el semáforo el conductor hace varias paradas en las cuadras siguientes; la estación del tren se encuentra entre una de éstas. Debí haberlo abordado cuando llegué a Taxqueña. Cegado por la ignorancia, el contratiempo, la desesperación, no me di cuenta de que existía otro medio para llegar hasta acá. Comienzo a conocer el territorio, voy grabándome el camino recorrido para que nadie vuelva a cuentearme.

Llegamos a la zona de comercio. El centro es como la central de Maravatío, aquí coexisten dos mercados, “el chico” y “el grande”, en el primero se venden arreglos florales y comida; en el otro zapatos, ropa, verduras, frutas, de todo un poco. A las orillas se encuentran diversos establecimientos: las grandes zapaterías, ópticas, relojerías, mercerías, ferreterías. “Pásele, marchante”. “Qué va a llevar”. “Qué le damos, güerita”, los vendedores así ofrecen sus productos, es día de plaza. Desde el interior del transporte se ven los montones de naranjas, jitomates, cebollas, chiles exhibidos a la intemperie. El tránsito es más lento, avanzamos sobre un sólo

carril hasta llegar a la última parada frente a la Catedral de San Bernardino de Siena.

—Servidos —grita el conductor y apaga el estéreo.

Descendemos cerca de las doce del día. Estamos a tiempo para la cita con Juan. Confiamos en que haya leído alguno de los avisos. Debemos esperar en la entrada, sobre la banquetta; éste es el paso de la gente que se dirige a la siguiente avenida, apenas y puede transitar con el espacio reducido por los puestos que lo invaden. Ni siquiera quienes quieren entrar al templo pueden hacerlo sin obstrucciones, pues a la derecha, en el portón está instalado un puesto de imágenes religiosas.

—Esperemos acá —dice Susana señalando hacia el extremo izquierdo.

La columna de en medio la ocupa una vendedora de gorditas de nata. Hace pequeñas bolas con una masa que trae preparada en una cubeta, luego les da forma de galleta y las cuece sobre un comal caliente. “Huele sabroso”, me digo aspirando el olor dulce de la canela. Las manos de la señora manipulando la masa blanda me recuerdan las tortillas que mi madre preparaba en la casa, en aquellos años cuando sus manos no le dolían. A Susana le molesta el olor a carbón, tapa sus narices y manotea tratando de desviar el humo que llega hasta su rostro cuando la vendedora sopla el brasero. Permanezco atento a cada persona que pasa, pues es posible que mi primo venga entre ellos.

—¿Alguna otra seña que tenga tu primo? —dice Alfredo sin dejar de mirar a la gente que camina.

—Sólo la cicatriz —le respondo.

Estoy retraído. Miro en el puesto de artículos religiosos la imagen de un niño de mirada penetrante, ojos rasgados, pestañas de un negro intenso, chapeado, viste un ropón azul de elegantes encajes, cuánto me impresiona.

Qué santito será, pienso. Su rostro posee rasgos prehispánicos, en otra réplica que tiene la vendedora, aparece más güero, pero sereno como las demás imágenes. Las campanas del reloj del templo suenan, indican la hora del mediodía.

—Son las doce —recalca Susana.

—Esperemos diez minutos.

El tiempo transcurre con lentitud. Si no fuera porque debo encontrar a Juan, no estaría aquí parado, pienso. Por lo menos estoy acompañado, ya no soy un extraño entre la muchedumbre. ¡Ay, Juan, aparece! Aparece, por favor, murmuro.

—¡Qué! —dice Alfredo, quien está más cerca de mí.

—Nada. Espero que no tarde Juan —contesto.

—Si vio alguno de los letreros que pegamos, seguramente vendrá. Esperemos un poco más —dice Susana con gesto de preocupación.

Juan es una persona responsable y por tanto puntual, a esta hora ya tendría que estar aquí, me digo, aunque si ha tenido un contratiempo llegará de todas formas. Transcurren los minutos de tolerancia. Alfredo propone que entremos al templo. La Catedral tiene dos entradas más: la que sale a la avenida y la del estacionamiento; probablemente mi primo venga por alguna de ellas.

—Tú quédate aquí mientras nosotros revisamos adentro —Alfredo ordena a su hermana.

—¿Pero si pasa y no lo reconozco? —ella contesta en tono de queja.

—Toda persona que se para aquí, espera a alguien. Si vez a alguien con las características que nos dio Joel, pregúntale si es Juan y no lo dejes ir —contesta Alfredo.

Alfredo se da la vuelta, pasa en medio de dos pilares pequeños de cemento que se hallan aproximadamente a tres metros de distancia de la entrada principal, lo sigo. Susana queda recargada en la columna del portón. Caminamos en medio de los dos jardines que tiene el atrio. Entramos al templo, él se persigna, yo hago lo mismo. Lanzo una mirada rápida, tratando de ubicar a alguien. Respetando el silencio de una señora que se mantiene en oración, vamos entre las bancas hasta llegar cerca del altar. El retablo es grande, cada una de sus columnas están bañadas de color oro, estoy maravillado. ¿Será oro de verdad o sólo pintura?, me pregunto. Admiro su arquitectura y los paisajes bíblicos pintados en la cúpula y en las paredes del altar mayor. Cuento más de veinte imágenes religiosas de santos, ángeles, Jesucristo, la Virgen, pero no la de ese niño de vestiduras preciosas, el que vi en la entrada. Pienso en la sencillez de los templos de mi pueblo, los comparo con éste que estoy viendo y que es muy artístico.

Por la lateral derecha hay una entrada que conecta a la sacristía y a una pequeña capilla, esta misma nos conduce al claustro. Cuánta calma. Una fuente en el centro del patio adorna la fachada, pienso que se vería más bella si funcionara porque no hay ni una gota de agua; desalentados nos recargamos un momento en ella. Admiro los arcos de un segundo piso.

—Qué grande es esta iglesia. ¿Qué es todo eso? —señalo arriba y abajo.

—Salones, la oficina y la casa parroquial.

—¿Y el niño del ropón qué santo es?, lo vi en la entrada, en el puesto de imágenes —espero una explicación.

—Es una representación del niño Dios. La imagen data del siglo XVI, los nativos de este pueblo la veneran. La gente le tiene mucha fe porque es muy milagroso.

—¿Y la imagen dónde está? —me inquieta no verlo en algún retablo.

—La gente la tiene a su resguardo. Volvamos con Susana.

Entramos en un cuarto que es el bautisterio; la pila bautismal es una copa grande de piedra, su boca parece tan profunda que hasta un adulto podría sumergirse en ella, alrededor, sobre el techo cuelgan los siete dones del Espíritu Santo escritos sobre láminas doradas: *Sabiduría. Entendimiento. Fortaleza. Consejo. Ciencia. Piedad. Temor de Dios.* Miro el Cristo sobre una cruz de madera muy cuidada, su rostro expresa compasión, ternura y fragilidad. El crucifijo rebasa mi altura. Antes de acceder por esta puerta no imaginé que saldríamos hacia la “Tercera Orden”, otra capilla en el fondo del jardín. Topamos con una pareja de novios que se acarician y besan. Más adelante a un señor sentado en una de las bancas que están en el atrio, que lee el periódico. Deseo estar como él, asoleándose y gozando de la paz que se percibe desde fuera del recinto.

Regresamos con Susana.

—¿Qué pasó? —pregunta en cuanto nos ve salir.

—Nada —dice Alfredo.

—No llegó —digo afligido.

—¿Qué noticias tienes? —le pregunta Alfredo.

—No me he movido de aquí. Tampoco vi a tu primo. Ya pregunté a las vendedoras.

—¿Saben algo? —Alfredo se entusiasma.

—No. Les pedí que si lo llegan a ver, le digan que su primo lo anda buscando. Más tarde regresaremos —ella explica.

—Aprovechemos el tiempo. Caminemos por el mercado. ¿Estás de acuerdo, Joel? —me pregunta Alfredo.

—Si me hacen favor, no tengo inconveniente —contesto apenado.

—Sirve que conoces y para otra ocasión ya nadie te engaña —dice Susana sonriendo.

Cruzamos la calle. La avenida principal atraviesa un parque con kiosco en el que hay un monumento a un personaje histórico, quizás es un héroe, no lo sé con exactitud, pues me mantengo atento al cruce frente a los carros que están en alto. Del lado contrario, por el que nos dirigimos, hay una explanada, a sus orillas dos puestos de periódico y palmeras grandísimas enfiladas sobre la banqueta.

—Ése es el foro —dice Susana señalando hacia su derecha.

El centro de Xochimilco está lleno de gente y carros particulares que circulan entre las calles principales. El tránsito es lento, entorpecido por tanto puesto de vendedores ambulantes y bases de transportes colectivos que no hacen más que reducir el espacio para caminar libremente. Susana dice que siempre está así, y en días festivos es peor. “Si quieres poner a prueba tu paciencia, camina entre la multitud. Pero si no ves policías es preferible ir por donde esté despejado para que no te roben.”

Recorremos algunos locales, luego los dos mercados. En los puestos preguntamos si tienen un trabajador con el nombre de Juan, nadie nos da noticias de él. Seguimos entre las calles traseras de la Catedral. Entramos a un embarcadero. Un arco colonial da la bienvenida a todos los visitantes. El muelle es pequeño, su plataforma está construida con adoquines. Las trajineras se encuentran enfiladas, una tras otra, al pie de unos cuantos escalones que apenas permiten el roce con el agua. Cada una de las lanchas está adornada por una portada de madera en la que han dibujado flores muy coloridas; al centro, en la parte superior, nombres escritos de mujeres: *Lupita, Andrea,*

Elena, Sofía, Margarita. Imagino el de Susana en una de éstas y a nosotros dos haciendo un recorrido quién sabe hasta dónde. A las orillas del canal crecen lirios violetas, que adornan y dan vida al agua verdosa que corre. Preguntamos por mi primo, pero aquí sólo existe un tal Juan Castañeda y es un anciano que vende flores en el embarcadero de a lado. Por las dudas vamos al otro. Al *Salitre*, así se llama, pero es tan parecido al anterior, sólo miramos porque no hay quién dé informes. La zona de embarcaderos es turística, dicen que parece una pequeña Venecia.

Cerca de las tres de la tarde regresamos a la Catedral con la ilusión de que Juan haya llegado. Si tan sólo recordase el número al que lo llamé, si no lo hubiese olvidado, espero su encuentro.

—Tengo hambre —murmura Susana.

—Todos tenemos hambre —dice Alfredo que por su seriedad no sé si está enojado.

—Es tarde y no tenemos noticias de mi primo —digo apenado.

Los vendedores no han desmontado su puesto de artículos religiosos. Alfredo se detiene, pensativo exhala y nos dice que entremos a la iglesia a buscar.

—Yo espero aquí, vayan ustedes —dice Alfredo.

Caminamos sin decir nada, me incomoda nuestro silencio; siento la necesidad de decir algo.

—¿Está enojado? —pregunto tímido.

—¿Alfredo? No, está cansado. Tú también debes estarlo.

—No tanto como tu hermano. Se han portado tan bien que me siento agradecido con ustedes. Cuando solucione mi situación voy a volver para darles algún presente.

—Serás bienvenido.

—A ver si no me pierdo —sonrío.

—Ya no —sonreímos.

El templo y la puerta que da al claustro están cerrados. En el atrio sólo estamos nosotros dos deambulando.

—Ha de ser la hora en que descansan los trabajadores —ella supone.

—Y ustedes también —lamento el contratiempo.

—Iremos a casa —dice despreocupada.

Volvemos con Alfredo.

—Nada —ella dice.

—Todo está cerrado —digo.

—No hay gente.

—Regresemos a casa, allá pensaremos con más calma —dice Alfredo.

Susana va con la vendedora de imágenes, le da una copia del aviso que redactó para Juan.

—Si ve a un joven con las características que le dije, por favor pregúntele si se llama así —señala el nombre escrito en la hoja—, dígame que mañana estaremos aquí, a las 12 del día.

—Si lo reconozco, le doy su recado —contesta la señora.

De regreso a la parada pienso cómo volver al pueblo. El único impedimento que encuentro es el dinero. Si llego a la central tal vez encuentre a algún paisano de Michoacán que pueda prestarme para el pasaje. Ésta era una opción que iba a seguir cuando se lo planteara a la familia.

—Por lo menos conociste Xochimilco —ella me dice entusiasmada.

Su comentario me hace recordar la burla del taxista cuando junto con sus dos cómplices, me abandonó en aquel bosque diciendo irónico: “Aquí está

tu Xochimilco.” Había ansiado tanto encontrarme con Juan, por la razón que haya sido no fue posible. Ahora sabía cómo era Xochimilco, el lugar del que alguien me habló.

—La siguiente vez que venga, no será necesario preguntar. Ya me aprendí el camino —sonríó.

Caminamos por la explanada, vamos a la parada del camión que nos regresará a casa. Alfredo se detiene en una tienda, compra galletas como aperitivo de la comida. Empezamos a comer las galletas y cacahuates antes de abordar. Siendo los primeros de la fila, tenemos el privilegio de sentarnos en la última banca, donde hay suficiente espacio para estirar nuestros pies. El chofer emprende el retorno de los pasajeros, esta vez con más velocidad que cuando nos trajo.

IX DE REGRESO

Susana es coqueta, cuida con cautela su apariencia. Apenas llegamos a casa y se ha peinado el cabello de nuevo. Alfredo la llama exagerada, ella sólo se sonroja ante mi presencia. Desde el sillón miro el oleaje de su vestido cuando pasa hacia la cocina para ayudar a su madre a poner la mesa. Con torpeza acomoda los platos y las cucharas, pero no deja de ser hacendosa.

—¡A comer! —dice Raquel—, acércate, Joel.

El ambiente en la comida es desalentador. No tengo hambre; si como, es por no hacer un desaire. Parece que no existe tema de conversación o simplemente nadie quiere hablar del fracaso de la búsqueda.

—¿Qué va a pasar mañana? —dice Susana sobresaltada.

—Volverán otra vez —agrega Raquel despreocupada—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor. He caminado sin tanta dificultad —respondo satisfecho.

—Qué bueno. ¿Te sirvo más? —me pregunta Raquel extendiendo la mano en espera de mi plato.

—Así estoy bien, gracias —paso el último bocado—. Quiero aprovechar para darles las gracias por su hospitalidad. No sé qué hubiera sido de mí. Gente como ustedes no se encuentra tan fácil. Han hecho mucho más de lo que imaginé, por eso me siento en deuda. Ahora que estoy mejor, creo que debo regresar a mi pueblo. No sé cómo estén las cosas por allá, seguro que mi familia ha de estar angustiada y más si Juan ya llegó y no me vieron llegar con él. No puedo esperar más.

—Lo entendemos —dice Raquel.

—¿De qué manera podemos ayudarte? —dice Susana afligida.

—No podría pedir más. Lo han hecho todo.

—Necesitarás dinero para regresar —advierde Alfredo.

—Por lo menos para llegar a la central de autobuses, quizá me encuentre con algún conocido del pueblo, si es así, puedo acercarme para pedirle dinero prestado. Hoy es viernes y hay quienes vienen a surtirse de mercancía para vender el fin de semana —digo.

Hay un silencio.

—Creo que es mejor que esperes hasta mañana, Joel. Comprendo la preocupación que tienes, pero hoy ha sido un día agotador y es tarde. No estamos en las posibilidades de llevarte hasta tu pueblo pero con algo podremos ayudarte —Raquel mira a sus hijos con un gesto de complicidad, guarda silencio por un momento y luego continúa hablado entusiasmada—. Por la noche regresará mi esposo y él también nos apoyará.

—Si mañana te vas, ¿por qué no lo haces después del mediodía? A lo mejor Juan llega. Recuerda el recado que le dejamos a la vendedora —sugiere Susana.

—Tienes razón —digo aún preocupado.

Nos ponemos de pie. Terminan de recoger la mesa. Nunca antes alguien me había consentido como ellos. El trato que recibo es como el que se debe dar a un invitado. “No te preocupes, Joel.” “Descansa”, uno u otro dice en cuanto intento colaborar en los quehaceres. En esta confianza que me dan, opto por encender el televisor. Más tarde Alfredo sale de casa.

—Voy con Roberto —dice apresurado.

—No te entretengas mucho. Tu padre estará aquí para la cena — contesta Raquel desde la cocina.

—Dale mis saludos —grita Susana. Alfredo ha salido ya.

Raquel y Susana terminan los quehaceres, vienen conmigo y vemos juntos el programa.

—Por fin terminamos —dice Raquel agitada.

Disfruto tanto la comodidad en la que me encuentro, no trabajo, descanso y ni siquiera tengo que pararme a tomar un vaso con agua para mitigar mi sed. En esta familia lo servicial es una cualidad, Raquel siempre es atenta, que si hace falta esto, que si lo otro, que si caminé y debo descansar o que si quiero comer más. El programa “Cien mexicanos dijeron” no es de mi interés, pero con disimulo veo a Susana, su presencia me causa nervios, las manos comienzan a sudarme, la siento compasiva y tierna; cuando se percata de mi mirada agacha la cabeza, toma un mechón de su cabello y lo enreda en uno de sus dedos, juguetea con él y vuelve la vista hacia el televisor.

—Hay que comprar pan para la cena —dice Raquel.

—Yo voy —Susana se pone de pie, estira la mano en espera de dinero.

—Ve con cuidado —dice Raquel, quien saca un billete de su monedero.

—¿Puedo ir? —pregunto tímido.

—¿Te sientes bien? —dice sorprendida Raquel.

—Sí —respondo animado.

—¿No estás cansado? —me dice Susana también sorprendida.

—Estoy bien —digo apenado.

—Vayan con calma y aprende el camino —indica Raquel con humor.

Salimos abrigados, hace un poco de frío. Dice que por estos rumbos baja de repente la temperatura. Vamos por una calle que está en pendiente, no es la misma que pasamos en la mañana. “¡Esta subida sí cansa!”, murmuro. Caminamos por un callejón que nos saca a la avenida principal.

El sol termina de meterse.

—¡Qué frío hace! —dice Susana.

—Tú ya estás acostumbrada a este clima —le digo mientras me froto las manos.

—Sí.

—Mi pueblo es más cálido —comento.

Conversamos sobre las inclemencias del clima, coincidimos en que las personas nunca estamos conformes con nada: si llueve queremos sol, si el día está soleado no es de nuestro agrado. Pretendemos dar órdenes a la naturaleza: que llueva moderado, que esté templada la tarde; ni mucho frío, ni mucho calor, pero ella no nos obedece, creemos que si lo hace, tampoco nos daría gusto a todos. Llegamos a la plaza. La panificadora está a la vuelta de un sitio de taxis. El local es pequeño pero muy concurrido, supongo que debe ser porque el pan está recién hecho. Los hornos se hallan cerca de una vitrina donde se exponen apetitosos pasteles, misma que la empleada usa de barra para embolsar el producto y cobrar a los clientes. El calor del fogón alcanza los rostros, el frío queda afuera, no traspasa la puerta corrediza de cristal. Susana toma una charola y pinzas, comienza a ubicar de entre los seis anaqueles distribuidos a lo ancho de la pared, el pan que va a comprar: dos conchas, un cuerno, un moño. Antes de coger otro, me pregunta cuál quiero.

—El que sea —digo.

Insiste en que debo escoger uno. Preferiría un pedazo del que sólo hacen en el pueblo porque es casero y no sabe a dulce artificial, además porque se me antoja remojarlo en café de olla. Pido una hojaldra y agrega cinco bolillos. Complacida por mi elección solicita la cuenta.

—Buenas noches —dice a la cajera.

—Veintitrés cincuenta —dice la cajera al terminar de embolsar.

Susana paga, recibe el cambio y salimos.

—¡Hasta luego! —dice en cuanto corre la puerta.

Vamos de regreso a casa. Me ofrezco a ayudarla con la bolsa. Después de mi insistencia acepta un poco apenada.

—Cuando te vayas los días volverán a ser iguales —dice desilusionada.

—¿Sí? —no entiendo.

—Para mí sí —dice solemne.

—¿Para los demás? —espero me explique.

—Ellos no se toman las cosas tan a pecho como yo. Antes de que aparecieras en el templo, terminaba de convencerme de lo aburrida que mi vida era hasta ese momento, quizá porque nada interesante me había pasado. Fui con Alfredo involuntariamente pero mi dote de “buena hermana” me hizo permanecer en la iglesia a pesar de la tormentosa espera. No tuve sentido ni razón de estar allí porque a diferencia de Alfredo y los demás participantes, servir a otro no lo consideraba grato. Había visto que los buenos servidores se entregaban en la misión que alguien más les encomendaba y a cambio recibían quejas, regaños, burlas y enemistades. Nadie sabe agradecer y hasta entonces no era testigo de ninguna bondad divina. Qué olvidada me sentía del rebaño, quizás era la oveja perdida, no me hallaba en ese ambiente tan religioso. Reflexioné: por “buena gente” he perdido cosas: planes, amigos y un novio. Tuve en mente ser como no era: indiferente a lo que siempre será igual. Pero tu angustia pudo más que el rencor que emanaba de un corazón dolido. Involucrada en tu situación me di cuenta de que no se deja de ser lo que uno ya es. Servirte me ha hecho mucho bien, cambió la manera de verme a mí misma.

—Las buenas personas pronto reciben recompensas. Esta experiencia y la manera en que vine a conocerlos, también cambió mi vida. No encontré a Juan pero sí a ti y a tu familia por quienes no viví una tragedia —suspiro.

Tomo su mano apretándola como signo de agradecimiento. Sonríe y continuamos pensativos hasta llegar a casa. Su padre ha llegado, oímos su voz desde la entrada de la cocina.

—Llegamos —grita Susana emocionada al ver a Francisco.

Su padre viene a nuestro encuentro, saluda a su hija, la besa, la abraza, apenas hace un día que no se ven, pero están regocijados. Francisco no ignora mi presencia, me da un abrazo.

—Joel, ¿qué tal? —dice.

Vamos a la sala. Raquel y su hija entran a la cocina murmurando. Platico con Francisco, quien ya sabe sobre mis planes de regresar mañana al pueblo. Respeta mi decisión, dice que cuente con el dinero del pasaje. Me pregunta la cantidad que requiero.

—Doscientos pesos son suficientes —contesto apenado.

Agradezco su gesto con la insistencia de que se los pagaré en cuanto pueda. Esperamos a Alfredo. Después de cenar, como de costumbre nos damos las buenas noches. Vamos a los cuartos. No puedo dormir, cierro los ojos y pienso en Susana; tengo presente nuestra imagen caminando de regreso a casa, sus palabras, la importancia de mi aparición. ¿Qué siento por ella?, me digo. Alfredo duerme en el piso, yo estoy acostado en la cama, giro en dirección hacia donde él está; lo miro enredado de pies a cabeza con las cobijas. Se le olvidó apagar la luz, me levanto para hacerlo yo. Vuelvo a acostarme y sigo pensando en Susana, a quien ahora llamo desde mi pensamiento Susy. Caigo profundamente dormido. Es de madrugada, me

despierto sobresaltado, soñé que llegaba a Apeo con Susana, estaba mi mamá, mi papá, Martín, Juan, Mercedes cubriendo con un chal a mi tía, todos se veían contentos, comían, había mucha comida: mole, arroz, tortillas, pollo. Entraba presentando a Susana pero nadie nos tomaba en cuenta: “Les presento a mi novia”, me ignoraron, repetí lo mismo a gritos, ellos se enojaban mucho porque según Juan me estuvo buscando para ir con su mamá. La tía se encontraba sana. Mercedes me enseñó el reloj que me regaló, lloró y se lo dio a mi primo. Susana salió corriendo y yo iba tras ella pidiéndole que volviera. Mi sueño acabó y despierto consternado. Quiero dormir otra vez pero no lo logro. Salgo del cuarto sigiloso para no perturbar el sueño de Alfredo.

Voy hacia la ventana, recorro la cortina y miro la noche, sobre el cielo una constelación de estrellas me recuerda las noches serenas que hay en el pueblo. Paso cerca de una hora contemplando la luna y la oscuridad que la cubre. Faltan unas cuantas horas para que amanezca. Siento pesadez en los ojos y decido volver a la cama. Duermo con más calma.

Es de mañana, Alfredo se ha levantado, me miro solo en el cuarto, de momento no ubico dónde estoy, qué día es; hago un esfuerzo por poner mi mente en claro, entra en mi razón que debo alistarme para regresar a casa. Voy a bañarme. Cambio la ropa que Alfredo me prestó por la mía, que está limpia ahora. Raquel llama a todos para que vayamos a desayunar. Pienso en que ésta es la última mañana en que seré atendido así. Tengo ansia de llegar al pueblo, de ver a mi familia y guardo la ilusión de que la tía ya esté con buena salud. Susana toca a la puerta, dice que me apure, su mamá ha servido el desayuno.

—Ya voy —digo apresurado.

Estamos reunidos en la mesa, Francisco me desea un buen regreso y la pronta recuperación de mi tía. Agradezco sus palabras, la hospitalidad y las atenciones que he recibido. Él debe hacer un viaje de trabajo, le hubiera gustado acompañarme a la central. Se dispone a salir.

—Sigán comiendo —dice.

Raquel lo sigue hasta su habitación, no tardan mucho en volver. Francisco se despide de su familia, luego de mí como si fuera uno de sus hijos, me da un abrazo y discretamente pone en la palma de mi mano unos billetes enrollados.

—Cuenta con esto para tu pasaje —dice—. Buen viaje.

—Gracias —respondo. Y se va.

Paso los últimos minutos en el cuarto, desenrollo los billetes, son trescientos pesos, qué generoso ha sido el señor, pienso. Minutos después, viene Susana a avisar que están listos para irnos. Sale sin decir más, la sigo. Esta mañana la noto distante, sonrío fingida, percibo su tristeza. Raquel se ha dispuesto a acompañar a sus hijos a despedirme. Alfredo está optimista con la idea de pasar primero a la Catedral, quizá esté mi primo esperándome, susurra; después iremos directo a la central de autobuses. Estoy de acuerdo. Vamos de salida y el teléfono suena. Susana está más cerca de él, así que es quien contesta, su gesto de preocupación revela malas noticias. Cuelga, mantiene la calma al anunciar que su abuela, madre de Raquel, enfermó y esta vez no es ninguno de sus achaques.

Los lazos familiares que los unen son muy cercanos, la más afectada es Raquel, quien se exalta, trata de tranquilizarse cuando su hija le dice que la abuela estará bien porque ya está siendo atendida según comunicó su tía. Lamento la situación. Pienso cómo es posible que a las personas buenas les

ocurran cosas desagradables, es injusto, me digo. Los planes cambian. Comprendo que deben presentarse con su familiar. La ruta hacia Xochimilco les queda de paso para llegar a la casa de su abuela, así que sólo me acompañarán hasta allá y luego seguiré solo el camino. Raquel se disculpa conmigo, le digo que no hay problema, que deje de preocuparse, que no tenga pendiente por mí, que ya no me perderé, que he aprendido el camino y que ya capté las indicaciones de sus hijos. Con esta tranquilidad salimos de casa. Susana cierra la puerta del zaguán, siento nostalgia, ya no la veré, me mantengo con este sentimiento hasta que abordamos el microbús.

El trayecto es silencioso, ninguno de nosotros habla, no tenemos tema de conversación. Cada uno pierde su mirada entre la gente que va a pie o lo que ve por las ventanas. A las doce en punto llegamos a la Catedral. Raquel se despide de mí, me desea un buen viaje y yo correspondo con un fuerte apretón de manos. Debe abordar otra ruta para ir con su madre, Susana y Alfredo la alcanzarán.

Otra vez estamos aquí, parados, a la expectativa de Juan. Pasan diez minutos y Susana no duda en preguntar a la vendedora de las imágenes si supo algo. Habla con ella un rato. Nosotros estamos atentos. Regresa indignada.

—Dice que no apareció por aquí.

—No puedo seguir esperando a Juan. Quién sabe si llegue. Es mejor que ya me vaya. No quiero causar más preocupación a mi familia —explico.

—Se hizo lo que se pudo —dice Alfredo pensativo.

—Entonces, ¿qué hacemos, Alfredo? ¿Lo acompañamos? —pregunta Susana.

—Ustedes tienen que ir con su mamá. No se preocupen por mí, sólo explíquenme bien cómo me voy.

—Lo más conveniente es que abordes el tren ligero para que cuando llegues a Taxqueña, de inmediato subas al Metro en dirección a Cuatro Caminos, en Pino Suárez debes transbordar a la línea 1, que va a Observatorio —indica Alfredo.

Para su tranquilidad deciden acompañarme a la estación del tren ligero. Insisten en que no se desviarán mucho de su camino. Su compañía me brinda mayor seguridad. Caminamos entre el ajetreo de los mercados, remontamos tres cuadras más para llegar a la terminal.

—Aquí sale el tren que va a Taxqueña. Ésta es la primera estación hacia allá. Cuando llegues a la última parada, te metes al Metro, no te salgas de la línea, es la 2, la de color azul. Debes bajarte en Pino Suárez, es la línea 1, la rosa, ésa te lleva a Observatorio —recalca Alfredo.

—Recuerdo bien esa línea, es la misma que tomé cuando llegué. Te aseguro que esta vez ya no me pierdo. Todo quedó registrado aquí, en mi cabeza —digo tocándome la cabeza con el dedo índice.

Llega el momento de despedirnos. Ya no más contratiempos, me digo. Alfredo estrecha su mano con la mía. Le doy las gracias. Miro a Susana, tiene los ojos caídos, no sé si por su abuela o por los sentimientos que mi partida le han dejado. Quiero abrazarla, pero no me atrevo, qué pensará su hermano, cómo reaccionará, sólo le doy la mano y agradezco la ayuda recordándoles que un día volveré para traerles un presente.

—Cuando vuelva, prepárense porque los voy a llevar a mi pueblo para matarles una res en honor suyo —digo al aproximarme a la taquilla.

Esperan hasta que entro a la estación para retirarse, se me hace un nudo en la garganta; dejo de verlos. Su ausencia me produce nostalgia. El tren llega, de inmediato abordo. Tres o cinco segundos transcurren y comienza a avanzar.

Durante el trayecto no hago más que pensar lo bien que me fue después del asalto. Mantengo fresco el recuerdo de la tarde en que conocí a Susana, si no hubiera sido por ella, quién sabe en qué condiciones estaría; con qué suerte corrí, reflexiono. Pienso en que debo tomar las cosas con calma: las noticias buenas o malas que tuviera sobre la tía no me angustiarían tanto, lo que sucediera, de todas maneras tendría un final.

Llego a Taxqueña, esta vez, a diferencia de cuando vine del pueblo, estoy seguro de saber hacia dónde seguir el camino, pues recuerdo cada una de las indicaciones de Alfredo y en ellas lo que no tengo que hacer: salir de la línea del Metro. No puedo evitar el ajetreo que hay en estos transportes, pronto me doy cuenta de que es cuestión de acostumbrarse. Ahora creo que la ruta no era complicada, fueron las prisas las que segaron mi atención a las mañas de ese taxista. Entre el tumulto de gente entro al Metro, quiero hacerlo con decencia pero no se puede. Antes de que las puertas sean abiertas una señora gorda me empuja, el rebote hace que choque contra un señor mal encarado, le pido disculpas. Soy el último en entrar después de que era el primero al pie de la línea amarilla. Transbordo para llegar a Observatorio. Salgo de la estación, paso por un corredor entre puestos, bajo las escaleras que me conducen a la central camionera. Estoy dentro, busco la taquilla de la línea de autobús hacia Maravatío. Por suerte no hay tanta gente en la fila. Compró mi boleto. La próxima salida es a las 3:45 pm. Debo aguardar en la sala de espera. Pienso en la generosidad de Francisco y la de su familia como la más grandiosa cualidad; con su ayuda ya no se me complicaron las cosas, el abandono y la indiferencia de los demás fue atendida por ellos. Estoy sentado, mantengo presente la última imagen de Susana, cierro los ojos, agacho la cabeza. Por el altavoz una voz de mujer anuncia que el autobús con destino a

Maravatío-Michoacán ha llegado. Abro los ojos con toda calma, mi visión está borrosa, he apretado demasiado los ojos. Termino de ponerme de pie, doy unos pasos, escucho una voz entorpecida que pregunta por el camión: “¿Acaba de llegar?”, se me hace conocida, doy la vuelta y Juan aparece así como si nada, con simpleza. Parece absurdo, estoy indignado: me da coraje, impotencia, júbilo y más indignación. Lo veo flaco, empalidecido y ojeroso; han pasado cerca de dos años desde que dejé de verlo, aunque guardaba el recuerdo de su buen físico.

—¡Juan! —lo llamo, pero está distraído. Al fin me escucha.

—¿Joel? —está sorprendido.

—¡Pendejo!, ¿dónde has estado! —le reclamo enojado.

Me dan ganas de bofetearlo e insultarlo hasta sacar mi rabia. Ambos estamos sorprendidos, ninguno planeó este encuentro. Él estaba aquí y eso importaba; su presencia me conmueve y mis ojos me lagrimean en cuanto nos damos un fuerte abrazo como saludo.

—Regresemos a casa —dice solemne.

La casualidad, la coincidencia, lo que haya sido, pero estamos reunidos. No hay mucho tiempo para platicar, el autobús está a punto de salir. Estoy satisfecho de poder cumplir, aunque con retardo, con la voluntad de la tía: llevarle a su hijo.

X

SACRAMENTO

Mis padres están tranquilos, la calma ha vuelto para cada uno de nosotros, parece ser que la tormenta pasó. Al cabo de una semana todo marchó mejor. La tía está en casa, termina de recuperarse. La noche que Juan y yo llegamos al hospital, llevaba una semana inconsciente, dos días después que me fui al DF, dejó de hablar y se opuso a comer los alimentos que le daba la enfermera. El doctor dijo que nuestro familiar se encontraba en un estado delicado, que necesitaba mucha fuerza de voluntad para salir adelante, pues además de la enfermedad, tenía depresión. La ausencia de Juan la afectó, aunque ella sabía que contaba con el apoyo de mis padres, sintió tristeza, nadie sustituía el lugar de su hijo, si tan sólo viviese su esposo, tendría compañía y aunque quería mucho a mi hermano Martín, no era lo mismo. Llegamos tarde a la hora de visitas, por suerte, al explicar nuestra situación, las enfermeras se compadecieron y permitieron que mi primo entrara a ver a su madre. La tía Felipa supo que ya no estaba sola cuando Juan le habló: “Mamá, aquí estoy. Ya no me iré”, y apretó su mano, ella abrió los ojos y desde entonces le echó ganas para sanar.

Las palabras de Juan significaron renunciar a su trabajo en la ciudad, después de todo no tenía un gran empleo, trabajaba en un invernadero de plantas, debía repartirlas en diferentes locales. Tampoco tuvo mayores estudios que la secundaria, así que se le dificultó encontrar un mejor empleo, eso sabe hacer, como sea comenzó a labrar su propio camino. Quiso valerse por sí mismo: “Cuando fuimos niños dependíamos de nuestros mayores, no siempre tuvimos lo que queríamos, es momento de que haga mi patrimonio”,

dijo semanas antes de planear irse a la ciudad de México. Ahora estamos en el campo, recogemos el fruto que hace meses cosecharon nuestros padres. Por ventura la tierra ha vuelto a ser húmeda. Cuantas más canastas llenemos, es mejor, estarán listas para la venta de mañana. Martín corta la fresa al final del tercer surco, yo estoy en medio del segundo, le grito que se ponga la gorra, o de lo contrario terminará quemado por los rayos del sol. Juan dice que es tiempo de levantar las tierras para que produzcan, que él tomará las riendas de ellas.

—Por qué no las trabajamos juntos, Joel —Juan propone entusiasmado.

—¿Y mi trabajo en Sacramento? —digo pensativo.

—¿Te ha ido mejor allá? —pregunta serio.

No respondo inmediatamente, Juan está agachado, remueve la tierra con sus manos para cortar la fresa. Me detengo un momento a pensar la respuesta que debo darle. Recuerdo el entusiasmo con que partí para allá, cuando decidí hacerlo llevaba en mente la idea de que ganaría mucho dinero. Alberto me contagió de esa ilusión la vez que regresó de Estados Unidos. Hacía tiempo que dejamos de vernos. Su llegada me alegró, pues aún se acordaba de sus amigos de Apeo. Estudiamos juntos en la escuela. Cuando su papá se fue a trabajar al “otro lado”, la vida de él y la de su familia cambió. Cada mes les llegaba una buena cantidad de dólares, con lo cual su mamá construyó en menos de un año una casa de losa de tres pisos. Alberto y sus hermanas no carecían de nada; aunque ellas eran un par de presumidas, él siempre fue sencillo, a la hora del recreo compraba en la cooperativa de la escuela varias golosinas, las compartía conmigo, juntos las comíamos sentados debajo de un árbol que daba a la dirección, allí platicábamos de lo que de grandes queríamos ser. Cursamos el último año de secundaria, año en que dejamos de

vernos. Faltaban dos meses para concluir las clases, a estas alturas todos los muchachos saben que no hay más estudios. Sólo los que tienen el apoyo económico de sus padres pueden ir a Morelia para seguir preparándose y obtener una profesión, allá están las escuelas especiales o quizás se van a otro estado; el resto nos quedamos a cumplir con la respuesta que nuestros tutores nos dan cuando les expresamos que queremos ser más en la vida: “Si quieres estudios, granjéate en donde sea para que juntes.” No queda de otra, hay que trabajar en el campo.

Alberto no se preocupaba por nada de esto, tenía resuelto su futuro, dijo que se iba con su padre a ganar un montón de dólares, estaba deslumbrado por el dinero que mes con mes recibían. No quiso saber de otros estudios a pesar de sus buenas notas. En las vacaciones de ese verano vino a buscarme al ranchito de mi papá, yo limpiaba el corral de los cerdos.

—¡Joel, Joel!, llegó mi papá de Estados Unidos, me voy con él —dijo ilusionado.

—En cambio yo trabajaré duro para poder estudiar —dije en cuanto se despidió de mí.

Su partida me entristeció. Bastaron tres años para que nos volviéramos a ver. En el pueblo se rumoró sobre su llegada. A su regreso estaba limpiando el mismo cochinerero, a diferencia de que sólo quedaba un cerdo en él.

—¿Qué tal, Joel? ¿Ya no te acuerdas de mí? —gritó. Poco a poco se fue acercando.

—¡Alberto! —dije admirado.

Mi amigo envaneció, usaba chamarra de piel, pantalón de mezclilla de marca, botas de piel de víbora y una buena camisa, me invitó a su casa, platicamos sobre su experiencia en Estados Unidos.

—Allá la vida es mejor que acá, tienes todo lo que quieres. Si no estudié es porque no quise, pero tú podrás hacerlo en donde quieras. Dime Joel, en tres años ¿qué has hecho? Trabajas como un esclavo y no tienes dinero. ¿Dónde están tus sueños? El campo apenas deja para comer. Ya no tienen ganado, ¿qué le queda a tu jefe? No, Joel, ¿a poco piensas ser un mediocre toda tu vida?

Alberto no se equivocaba, nada había hecho con mis sueños. Me dedicaba a ayudar a mi padre con la siembra, pero últimamente pasamos una mala racha, un caballo lo tiró en la zanja y le tuvieron que poner clavos en una pierna, quedó lesionado de la cadera y luego enfermó de la diabetes; vendimos los cochinos, luego la cosecha se echó a perder, pues no hubo quien nos ayudara a sacarla. Pensé en mis deseos por ser alguien más. El sueño americano me pareció atractivo, bastó una noche para decidir partir. Vuelvo mi vista a Juan y le digo.

—El día que me fui pasé a encargarte a mis padres, te dije que les echaras la mano con el ranchito, que jalaras a Martín para que se enseñara y que cuidaras a tu mamá. Insististe en que me quedara, incluso me llamaste “egoísta” sólo por pensar en mí y mis sueños. “Date cuenta que mi tío apenas se está reponiendo, tú eres el apoyo de tu casa, tu mamá no podrá sola con Martín y lo que queda del rancho. ¿Qué va a pasar con la cosecha?”, dijiste tratando de hacerme desistir de esa “locura”, como la llamaste.

—¿Te fuiste y las cosas mejoraron? ¿Tienes tanto dinero o más que Alberto y su papá? —dice indignado—. Todos emigramos en busca de una mejor vida, que por allá, lejos de nuestro pueblo, se nos niega. ¿Por qué buscar afuera lo que aquí podemos lograr? Tan digno es el campo como la ciudad.

Terminamos de llenar cincuenta canastas de fresas. Les digo a Martín y a Juan que descansemos un poco. Hace demasiado calor, estamos empapados de sudor.

—Ayúdame, Joel, a subir esta última a la camioneta —grita Martín desde la zanja.

Al principio me sentí seguro de alcanzar otra calidad de vida, la que en el pueblo llevaba era digna, pero no quería conformarme. En mis planes estaba mi familia, no ignoraba los sacrificios que hasta entonces mis padres hicieron por darme una educación. Nada iba a reprocharles, sólo quise ser alguien.

Viajé y así como mojado todo perfilaba bien. Alberto conocía al pollero que nos pasó, dijo que no habría problema para cruzar la frontera, por lo menos para nosotros dos. Hablaba de conectes, de gente poderosa que lo protegía por ser hijo de su padre. El señor llevaba ya varios años radicando en Miami. Llegamos a Carolina, allá Alberto me llevó con un hombre que supuestamente me conseguiría trabajo. Estuve alojado en uno de los cuartos de los que El Negro, así lo llamaban, estaba encargado.

—Después me comunico contigo. Haz caso de lo que El Negro te diga —dijo Alberto y se despidió de mí con un abrazo.

—Eres un indocumentado. No se te vaya a ocurrir salir de este cuarto por nada. Ahí está el baño. La comida se te traerá. Tienes suerte de tener un amigo como Alberto —dijo mal encarado.

Alberto cubrió los gastos que mi estancia implicaban. Pasaron tres días, El Negro me dijo que debía ir a Sacramento con un tal Jones.

—¿Cómo llego? ¿Usted no me va a llevar? —dije asustado.

—No, amigo —dijo deslindándose de mí y me dio la dirección.

—Por favor, comuníqueme con Alberto. Necesito hablar con él —me sentía nervioso.

—El contacto con tu amigo está perdido. Hay que desalojar este lugar cuanto antes, de lo contrario tendremos graves problemas.

Pagué tres mil pesos al Negro a cambio de una documentación falsa, con ésta, dijo, no tendría dificultad para viajar hasta allá, que en caso de que la Migra estuviera a la expectativa, no tendría sospechas de mí, además mi color de piel me ayudaba. En ese país a los indocumentados nos tratan como delincuentes. No supe más de Alberto pero las influencias de las que hablaba me pusieron en el restaurante del señor Jones, un hombre joven, alto, güero y de mal carácter. Al presentarme ante él mi nueva vida se desmoronó, en cuanto comenzó a darme instrucciones, supe que esto no era lo que soñaba. Debía lavar platos, limpiar la cocina y los pisos de todo el local antes de que los clientes llegaran y después de que se marchaban todos. Mi trabajo era obedecer: “Limpia aquí, limpia allá.” Comencé ganando 20 dólares por semana en jornadas de 13 horas, pues los trabajadores de Jones tienen derecho a desayuno, comida y cena, principalmente los que somos extranjeros, como Salomón, el ayudante del chef, y Paulino, un mesero. Los tres dormimos en un cuarto anexo al restaurante, en unas camarillas. El ambiente en la cocina es distante, los compañeros muestran su indiferencia, cada uno se dedica a hacer lo que le toca. Alrededor de este espacio nos movemos por lo menos cinco personas, pero al final del día estaba solo.

El restaurante es grande, acude gente americana e irlandesa, con quien no tengo ningún contacto, mi único deber es estar en la cocina, al igual que los ayudantes del chef, tampoco sé hablar inglés, así no puedo relacionarme con otras personas. A veces Berta, una mesera que viene de Toronto, me platica

sobre los clientes que le toca atender, durante su hora de comida no hace más que quejarse de las banalidades de las que hablan esa gente y del despotismo con que la trata la gente, es una de las pocas empleadas con quien simpatizo, quizá la única. Sabe que no entiendo el inglés, por eso mezcla unas palabras en español y me explica. Luego dice: “¿Y tú, Joel, qué tal?”, se ríe cuando le digo: “El jabón está más espumoso que ayer”, nos reímos. Pienso que por lo menos ella tiene algo diferente que contar. Cada quien sale adelante como puede o definitivamente fracasa y regresa a su ciudad. No quise darme por vencido, aún aspiraba a ascender a otro nivel, a otro trabajo, pero mientras aprendería inglés. Apenas me había propuesto esto cuando supe que las cosas andaban mal en la casa y tuve que volver al pueblo.

El cuestionamiento de Juan me deja pensativo. Sé que tiene razón, por un momento siento culpa, como si hubiese cometido un acto indigno. Bastan unos cuantos minutos para sobreponerme al calor, tengo el impulso por llenar más canastas, es preciso sacar dinero, debo regresar a Sacramento, sé que para cuando lo haga ya no tendré trabajo en el restaurante. Pero tal vez Berta o incluso el mismo Jones me pueden recomendar. Con lo que ganemos en la venta de la fresa apenas nos sobrepondremos a algunos gastos. No tengo ni más ni menos que Alberto, pero aún estamos a tiempo de alcanzar los sueños de la infancia.

Martín dice que tiene hambre, está cansado, advierte que no ayudará más si no come. Voy a la camioneta, saco el taco que mi madre nos preparó.

—Comamos. Ya hace hambre —dice Juan.

Mi hermano aprovecha el tiempo que estamos reunidos para platicar sobre mi desventura en el DF. Mi familia sabe lo del asalto y de las personas

que me dieron auxilio y protección. Al igual que yo, sienten gratitud por ellos; mi madre más, en especial por ese “ángel”, como ha llamado a Susana.

—¿Y es bonita esa muchacha? —pregunta Martín muy interesado.

—Es bella —suspiro y continúo— por su misma alma.

—¡Es más bonita que Mercedes! —dice admirado Martín.

—Diferente —digo pensativo.

—¿Te irás otra vez, Joel? —pregunta Martín entristecido.

Juan frunce la ceja, no espera que cambie de idea, pues cuando me aferro a algo no hay quien me haga desistir. Finalmente me convengo de que no tiene caso regresar al “otro lado”, tendría que juntar dinero, aunque nada garantiza que estando allá tendré un porvenir. Aquí por lo menos estoy rodeado de mi familia. Si me quedo puedo buscar a Susana, pienso. No sé si a ella le gustaría vivir en el campo. Estando lejos puede ocurrir lo mismo que con Mercedes. Veo mis manos, son fuertes, tomo un terrón de tierra, lo desmorono entre las yemas de los dedos, cierro el puño y miro hacia el horizonte.

—Trabajaremos esta tierra, Juan. Y esto es lo que voy a hacer.

Mi primo está sorprendido, Martín salta regocijado por mi decisión. Imagino la sonrisa de mi madre y la expresión reservada de mi padre y también la de la tía Felipa, que llorará de gusto, “Por fin, muchacho, has sentado cabeza”, dirá. Terminamos de comer y continuamos cortando otro tanto de fresas. Pronto el cielo se llena de nubes y comienza a llover. Corremos hacia la orilla de la zanja, nos atajamos debajo de un árbol. La tierra huele a fresco.

—Vayamos a casa —indica Juan.

Conseguimos prestada la camioneta de Rufino, lo cual nos ha facilitado la carga de la cosecha. Mi primo conduce hasta la casa; Martín insiste en que lo enseñe a manejar.

—Estaría bien si aprendo, ¿verdad, Joel? —me dice Martín curioso.

—Sí —respondo apartando su mano del volante.

—Vete quieto, Martín. Ya habrá tiempo para enseñarte —dice Juan.

—¿Lo prometes, Juan?

—Prometido —responde Juan sonriendo. Entonces Martín se queda tranquilo.

Estamos llegando a casa, Juan toca el claxon anunciando nuestra llegada. Mi padre sale a recibirnos, está gustoso de ver la caja de la camioneta casi llena de canastas. Después de estacionarnos se acerca al cargamento: “Es buen fruto. Qué colorido”, dice después de observar la textura de la fresa. Luego sus ojos se empañan de lágrimas.

—Aún hay más por cortar, tío —dice Juan con euforia.

—¿Cuántos surcos avanzaron? —pregunta mi padre dirigiéndose a mí.

—Apenas cinco —respondo.

Vamos al recibidor donde mi madre nos espera con café caliente. Martín entra a toda prisa, entre gritos comunica que me quedo: “¡Joel se queda!” Al principio nadie comprende el significado de estas palabras.

—Hace frío, ¿se han mojado? Acérquense a tomar su café —dice mi madre.

—¿Me escucharon?, Joel se queda. Díselos, Joel —se dirige a mí.

La tía Felipa se encuentra en el cuarto adjunto a la cocina. Escucha perfectamente todo lo que se dice, su puerta es una cortina floreada.

—¿Qué cosas dices, niño? —pregunta la tía.

Explico la propuesta que Juan me ha hecho. Ahora la cosecha es abundante y aunque los trabajadores somos pocos, saldremos adelante. “Nuestro patrimonio está aquí”, digo. Sus expresiones son las mismas que imaginé cuando le respondía a Martín que me quedaba. Mis padres saben que no han perdido a un hijo, porque éste está con ellos. Después de celebrar la noticia, nos ponemos de acuerdo para el trabajo del día siguiente. Mañana, antes de las doce, hay que hacer la venta sobre la carretera, algunos turistas que pasen comprarán canastas de fresa.

Juan dice que llamemos a Mercedes para que vaya a ayudarnos, ella puede instalarse cerca de la central y suplir a mi madre; su trabajo será pagado si así lo acepta. Mi padre, como no puede hacer mayor esfuerzo, sólo nos acompañará. La tía Felipa aún sigue recuperándose y requiere de algunos cuidados especiales que mi madre debe atender; por el momento no contamos con la colaboración de las mujeres de la casa. Hay que levantarse temprano para recoger la cosecha de los otros surcos, es preferible hacerlo antes de que el sol comience a calar, avanzaremos lo más que se pueda y por la tarde cuando el calor baje podremos continuar. Tal vez, en cuanto tengamos ganancias, alquilemos unos trabajadores. Terminamos de planear la jornada de mañana.

—Vayan a ver a Mercedes de una vez —nos ordena mi padre a Juan y a mí.

—¿Quién sabe cómo está? Tiene días que no viene por aquí —menciona mi madre con preocupación cuando Juan y yo salimos.

Vamos en la camioneta hacia el pueblo vecino, donde vive Mercedes. Desde que llegué a Apeo no la he visto, inmediatamente tuve que viajar al DF. Era raro que no viniera a mi encuentro, debió haberse enterado que volví con

Juan. Martín dijo que durante el tiempo que la tía estuvo hospitalizada, sólo una vez vino a visitarlos. No puedo juzgar su actitud cuando yo no estoy entusiasmado por verla y tampoco la he buscado. Estamos seguros de que no se negará a la venta, pues siente un gran afecto por nuestra familia y aún más por mí.

—¡Qué contenta se pondrá Mercedes! —dice Juan.

Llegamos a su casa, gritamos su nombre para que salga. Cojo una piedra del piso para tocar la reja de madera que tiene como zaguán. Me pregunto si le ha pasado algo, nadie de su familia sale a atender nuestro llamado. Esperamos recargados sobre la camioneta. A lo lejos vemos acercarse a tres personas, una de ellas es Mercedes, la otra su hermana y la de la orilla, un hombre desconocido.

—¿Y esa camioneta? —murmura el hombre.

—Allí hay gente —advierde la hermana de Mercedes.

Cuando llegan hasta donde estamos se dan cuenta que somos nosotros.

—¡Juan! —dice Mercedes. —¡Hola, Joel!

—¿Cómo estás, Mercedes? —Juan la saluda.

Por un rato nos quedamos en silencio, ella se muestra distante, nerviosa ante mi presencia.

—Apenas me enteré que regresaron. ¿Cómo sigue tu mamá, Juan? No he podido visitarlos. Hoy iba a ir —trata de justificarse.

—Mi tía está mejorada. Estamos bien —intervengo.

Ha oscurecido, sólo una lámpara de la calle nos ilumina, lo suficiente para darme cuenta que Mercedes ha aumentado de peso, incluso el vientre se le ve crecido. No hace falta que dé ninguna explicación, pronto me doy cuenta de que no tengo por qué sentirme mal al no pensar en ella.

—Él es Joel y él, su primo Juan —dice al hombre que la acompaña.

Esteban, así lo llama, nos da la mano. Siento la incomodidad de Mercedes, así que le digo a Juan que le explique por qué hemos venido. Se disculpa, está apenada, pues no podrá apoyarnos, sólo dice eso.

—De todas maneras agradecemos tus buenas intenciones —Juan continúa—, nos retiramos, ya es tarde.

—Voy a consultarlo con mis padres, a ver qué me dicen —mira fijamente los ojos de Esteban.

Nos despedimos, subimos a la camioneta. Antes de que Juan arranque, Mercedes hace una señal para detenernos, aprovecha que Esteban y su hermana están abriendo la reja.

—¡Tenemos que hablar! —me dice en voz baja.

—No quiero ninguna explicación —digo e inmediatamente Juan arranca la camioneta.

Esteban la lleva de la mano a la puerta, los miro por el retrovisor hasta perder su imagen. Juan se disculpa conmigo, asegura que no sabía nada, de ser así, él hubiera sido el primero en pedirle una explicación y sobre todo de advertirme de los engaños de mi novia.

—Seguro que habrá otra muchacha que valga la pena —dice.

—Estoy bien. Después de lo que he pasado, esto es nada. Cuando terminemos la venta de toda la cosecha iré al DF.

Pienso que cualquier herida interna que pueda tener ha de sanarse pronto. Mis padres me enseñaron que los favores no se pagan, pero sí se agradecen. Concluimos el trayecto de regreso hablando de mi estancia en el DF, de los azares del destino y mi promesa por regresar.

El día siguiente y los posteriores sólo hicimos la venta en la carretera, vendimos fresa a algunos locatarios del mercado. Poco a poco nos vamos recuperando de la situación económica en la que nos encontrábamos, incluso hemos comprado cinco cerdos para criar. Para cuando éstos crezcan, tendremos otros y la cosecha de frijol estará lista.

Algunas veces me he topado con Mercedes cuando viene a visitar a los padres de Esteban, pronto será madre. Después de todo me quito un peso de encima. Comienzo a planear mi siguiente viaje. Digo a mis padres que a mi regreso tengan preparado un gran banquete, ahora nos toca a nosotros ser los anfitriones de tan honorables visitas.

—Mataremos una res —dice mi padre.

Todos esperan con emoción conocer el rostro de ese “ángel” llamado Susana, a Alfredo y sus padres, quienes también son merecedores de este festejo que daremos con gratitud.

—Mañana muy temprano me voy —informo a todos.

—Deja que te acompañe a la central —dice Juan.

Acepto que me lleve en la camioneta, advierto que no hay de qué preocuparse.

—Me sé el camino y estoy seguro de que nada me pasará —sonrío.

El día se me ha hecho largo, ansío que caiga la noche para que pronto amanezca. Imagino a Susana ayudando a su madre, preparando la cena, o quizá acomodando los cubiertos, después se sentará en la sala, pasará los canales de televisión sin encontrar un programa que le satisfaga, tiene que salir a contemplar el cielo para buscar estrellas y cuando sienta frío, ha de entrar a su cuarto y dormirá esperando que en cualquier momento llegue.

Esta mañana cuando fuimos a la central, compré unas flores y un par de veladoras que llevé al Cristo de la iglesia. Ahora que todo marchaba mejor, recuerdo la promesa que hice en medio del peregrinar por causa del asalto. No quiero viajar sin antes pedir la protección del Todopoderoso. Llevo mi ofrenda al recinto sagrado. Vuelvo a casa justo para cenar. Es hora de dormir. Me despido de mis padres, no quiero interrumpir su sueño en la madrugada. “Dios te acompañe”, dice mi madre.

Temprano, Juan me lleva a la central del pueblo. Después de llegar a Observatorio revivo el día de mi desventura. Todo esto lo supero en cuanto transbordo otra vez en el Metro, pero no así las náuseas que me provoca tanto tambaleo. Al llegar a la última estación del tren ligero recuerdo la imagen de Alfredo y Susana despidiéndome. Abordo el transporte que me deja en el poblado donde viven. No sé cómo se llaman las calles próximas a su casa, pero me acuerdo cómo llegar. La fachada de su entrada está cambiada, el portón de la entrada parece nuevo: un arco lo embellece. Hago sonar el timbre. Son cerca de las once de la mañana y nadie sale a atender mi llamado, lo cual me hace pensar que estoy en una casa equivocada. Mi recuerdo no me falla, así que sigo insistiendo, pero esta vez pego con el puño la puerta. Tras de mí una mano toca mi hombro.

—¿Le puedo ayudar? —dice.

Reconozco el tono de su voz, de inmediato doy la vuelta. En la boca de Susana se dibuja una gran sonrisa que junto al brillo de sus ojos irradia felicidad.

DECÁLOGO DEL NOVELISTA INICIADO

PRIMERA PARTE

A continuación, como poética que complementa la obra creativa, presento el decálogo que elaboré como un método propio para escribir novelas. Durante el desarrollo de *El viaje* comprendí que quien escribe no lo hace siguiendo un reglamento universal, no existe. Cada uno tiene un proceso de escritura diferente, “la musa”, la “inspiración”, o como quiera que cada uno le llame a ese momento de revelación de ideas sólo llegan trabajando. Pero sin saber cómo hacerlo, inexpertos nos iniciamos en este mundo de fantasía.

Con “El decálogo del novelista iniciado” sugiero una forma de empezar a contar la historia que queremos, los personajes y demás elementos que conforman una novela. En él expongo mi concepción sobre el oficio de la escritura, en particular, el de éste género literario, mismo por el que opté aventurarme.

Primero.

Piensa en la historia que quieras contar y cómo la quieres hacer (cuantas veces sea necesario). Si en estos pensamientos no hay variaciones, ten por seguro que es ésa la que debes escribir y no otra. Esbózala en tu mente y luego esquematiza las partes que la constituirán según tu cosmos imaginativo (personajes, escenarios, tiempo, lugar, etcétera).

Segundo.

Fíjate como meta: “Contar una historia. Escribir mi novela.” Usa el posesivo mi para referirte a ella, pues es tu propia obra creativa, no la subestimes. Para

narrar con autenticidad es necesario tener claras “las formas” que elegiremos para hacerlo.

Tercero.

El novelista es un dios creador de mundos ficticios. Puesto que su creación no es perfecta, dedica más de siete días para acabarla. Aún cuando sabe que no es un ser divino, ayuna y permanece en vigilia toda la noche.

Cuarto.

La historia que vas a contar llega como la enfermedad que no buscaste pero es tuya porque la tienes. Se apropia de ti y la aceptas, aprendes a vivir con ella, a correr los riesgos del tratamiento. Comienza a escribir la hoja en blanco: sólo hasta cuando logres la satisfacción de haber dicho lo que planeaste, descansa.

Quinto.

Ignora todo acto proveniente del mundo exterior, pero no rehúyas a la realidad. Continúa escribiendo aun a pesar de las venturas y desventuras de la vida; si algo fuera de lo que la gente llama realidad sirve para alimentar tu creación, aprovéchalo.

Sexto.

No te auto flageles con críticas anticipadas, menos antes de haber concluido el primer capítulo. La secuencia entre cada uno es la culminación de tu novela. Aprópate de la voz de tus personajes. La sencillez del lenguaje disminuye las enmiendas ortográficas.

Séptimo.

Lee mucho y escribe más. La calidad de tu obra no radica en la cantidad de páginas que escribes. Una escritura madura se alcanza en el mismo ejercicio constante. Retroalimenta tu texto con la lectura comentada por otros creadores.

Octavo.

Lo que escribas debe estar bien dicho. No fuerces las palabras, ni con el fin de adornar, ni con el de llenar el último espacio de la página. Usa la imaginación para hacer creíble lo que cuentas. Cada escritor tiene su propio proceso de escritura, respeta el tuyo.

Noveno.

En primer lugar, usa tus ojos de autor para leerte con juicio, no pases desapercibidas las faltas que encuentres. En segundo, los ojos de lector, éstos calibran los elementos que conforman tu obra. La verdadera escritura es la corrección.

Décimo.

Concluye el último capítulo con un final inesperado. Sal de tu cosmos y vuélvete al mundo real apartándote de lo que escribiste. Cuando haya pasado la emoción de haber creado tu propia novela, es tiempo de regresar al texto: lee y relea, una a una, de inicio a fin, cada cuartilla; detalla y cambia las partes faltantes y sobrantes de tu obra. Reescribe hasta quedar complacido.

SEGUNDA PARTE

Del primero.

Las historias que contamos no surgen de la nada, entonces, ¿de dónde vienen?, has de preguntarte antes de iniciar la que quieres escribir. Recorres tu vida: el mundo que observas, que interpretas, que piensas y repiensas con las personas que habitan en él, que admiras y lamentas. Imaginas la ciudad abandonada, el amante descubierto, la montaña escalada por la anciana, la posible alegría eterna del miserable... y sueñas. Caes en cuenta de que no conoces todo pero sigues observando; de ello te vales para fantasear y construir tu propio cosmos imaginario.

El creador construye y escribe a partir de las experiencias que vive, algunas de éstas han quedado marcadas en su subconsciente o quizás en su consciente; y permanecen ahí como ideas desvariadas que lo acosan hasta que se libera de ellas y las crea como historias que empieza a plasmar sobre papel. “El novelista no elige sus temas; es elegido por ellos. Escribe sobre ciertos asuntos porque le ocurrieron ciertas cosas.”¹

Los trayectos rumbo a la escuela, de regreso a casa, o a donde sea que vayas son provechosos al realizar tus ejercicios de “observación del mundo”. Pero es preciso contemplar la vida desde diferentes ángulos para tomar la decisión definitiva de lo que quieres escribir. Así que un día te detienes en el parque, otro en el centro de la alameda, en la estación del Metro, uno más en aquel lugar al que nunca pensaste ir. Buscas fuera de tu territorio (lugar donde vives) una historia interesante sin saber que la tienes cerca de ti.

¹ Mario Vargas Llosa, *Cartas a un joven novelista*, México, Alfaguara, 2011, p. 25.

Una tarde paré en la Parroquia del pueblo a donde llegué a vivir hace algunos años. Fuera de la plaza no hay áreas de recreación. Lo que aprecia alguien que ha vivido en la ciudad son la vegetación y el aire fresco que se respira libre de contaminación. En la actividad ordinaria de la gente no pasa nada. Sin embargo, estando en un lugar sagrado te descubres en el refugio de los desconsolados, de quienes buscan auxilio y paz.

Un muchacho caminaba a toda prisa, vino a mi a preguntarme por la casa del sacerdote, fue entonces que percibí a un ser indefenso a quien “el cielo se le venía encima” al no encontrar a la única persona en quien guardaba confianza. Su gesto de angustia y desesperación trataron de reponerse en una expresión de solidaridad: “¿Te puedo ayudar?” El joven provinciano llevaba dos días perdido, caminando sin rumbo fijo. Vino a la ciudad a resolver un problema de familia: su primo había sido llevado a prisión injustificadamente por unos hombres. Lamentaba no haber llegado a la cita con el abogado, ya no contar con el dinero para pagar la libertad de su pariente, unos bandidos lo robaron después de que el conductor de un taxi que abordó lo llevó por otra ruta, aprovechándose de que desconocía la zona. Deseaba volver a Toluca a donde sus padres enfermos lo esperaban.

Luego de que mi hermano salió del templo lo llevamos a una estancia de caridad atendida por otro sacerdote que tampoco estaba. Lo único que podíamos ofrecerle era el cambio de unas compras, lo justo para que llegara a la terminal de autobuses. Aseguró que estando allí alguno de sus paisanos le tendería la mano. Explicamos con claridad la ruta de regreso y emprendió su camino muy agradecido.

A partir del hecho real surge *El viaje*. Mediante suposiciones de lo que fue y pudo haber sido entorno al destino del protagonista, reconstruyo la parte

que conocí dotándola de personajes, características, acciones, otra provincia, elementos narrativos que dirigen a Joel, personaje principal, a una búsqueda.

Cada vez que piensas la novela que vas a escribir, aparece en tus pensamientos la misma historia, pero no terminas de convencerte, hay que contar otra. La calificas como estúpida, dramática, cursi, inferior siempre a la de autores clásicos, reconocidos, con trayectoria. Pasan los días y la mente, nubarrón grisáceo, se va poblando, existe un él, una ella, unos otros que nombras y vistes. Aparece la misma historia del principio, recuerdas que leíste que bajo ninguna circunstancia hay que olvidar: “En literatura no hay nada escrito.”² “No la conocen, voy a narrarla”, te dices y entonces realizas el esbozo con las partes que constituirán tu novela.

Construye el esquema que vas a seguir con la finalidad de sobrepasar tus planes, de aumentarlos y variarlos porque cuando empiezas a escribir descubres que “los personajes retan al narrador o lo invitan a que cuente ciertas partes de la historia que han permanecido ocultas a los ojos del lector”,³ a los tuyos de autor.

Del segundo.

El interés principal: contar una historia. Escribir esa “fabulosa obra compuesta por las más singulares aventuras de la vida de los hombres”,⁴ y hacer creíble lo que cuentas. Como escritores aspiramos a la originalidad, mediante la cual mostramos una visión inédita y desconocida de la vida, de la propia

² Augusto Monterroso, “Decálogo del escritor”. Disponible en: www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/monterr2.htm. Fecha de consulta: 5 de enero de 2012.

³ Robert McKee, “Estructura y personaje”, en *Estudios cinematográficos: Deconstrucción del personaje*, año 10, número 28, septiembre-noviembre, 2005, p. 9.

⁴ Donatien Alphonse François, Marqués de Sade, *Ideas sobre la Novela*, México, Verdehalago, 1998, p. 5.

experiencia humana, de aquello olvidado y excluido por los otros. Y si nos referimos a un estilo propio, hago hincapié en que el correcto es el adecuado a lo que se cuenta, tiene que ser eficaz. Sólo nos apropiamos de él mediante el ejercicio de la escritura.

El eje de tu novela es la estructura, sin previo conocimiento de ella, no hay manera de empezar a gastar la tinta de la propia pluma, por eso cuando digo “pensar la historia que quieres contar”, me refiero a todas las partes que la van a constituir como base: el narrador, el espacio y el tiempo narrativo. Los personajes, dotados de características humanas, ejecutan acciones concretas; pero sin conflicto por resolver, no hay historia qué contar.

Pensar en cómo quieres hacer tu obra implica la elección adecuada de un narrador, su función será ayudarte a contar el mundo que creaste. Recuerda que la novela no sólo cuenta historias: “En ella caben, asimismo, la descripción, la reflexión, el monólogo interior, los diálogos, el alejamiento y el acercamiento, así como una multitud de personajes, dimensiones y lugares.”⁵

El viaje está contada por un narrador personaje en primera persona. Sin duda alguna, la mirada de Joel debía seguir la narración, pues es él quien experimenta el cambio de la provincia a la ciudad, a quien le va mal, y después de todo, bien. Si otro de los personajes habla sobre la llegada de este viajante, la historia deja de ser la misma. La odisea del viaje fluye mediante el tiempo presente en el que ocurren las acciones.

La claridad de lo que queremos permite saber hacia dónde nos dirigimos, aunque no dejaremos de ser sorprendidos por aquello que en

⁵ Ana García Bergua, “Un mundo paralelo”, en Cristina Rivera Garza, *La novela según los novelistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007, pp. 58-59.

principio no sabíamos: la comprensión de un personaje opaco, su reacción ante las decisiones que ha de tomar, imágenes, palabras, metáforas que nos asombrarán durante el desarrollo. La obra crece cuando descubres lo que no imaginaste antes, y sobre todo si obedeces a ello.

En cuanto a autenticidad recalco lo que está escrito en las *Cartas a un joven novelista*: “[...] auténtico es aquel que obedece dócilmente aquellos mandatos que la vida le impone”.⁶ Escribe sobre los temas que conoces y rehúye a los que no nacen de tu propia experiencia. Si en algún momento llegas a dudar de tu novela, no la abandones, continúa porque tu escritura ha de madurar.

Del tercero.

El novelista adquiere la disciplina del acto de escribir mediante el cumplimiento de las horas que dedica a la construcción de su obra. La primera cuartilla y las que le siguen son el resultado del tiempo que invierte en ellas.

Si tienes el espacio con que todo escritor sueña para escribir, ¿qué esperas para iniciar? En caso contrario, ármalo en tu casa, quizás sea el rincón más aislado pero seguro de que las perturbaciones no te alcancen. Basta tener una mesa y una silla, el cuaderno de anotaciones o la laptop para escribir. De la comodidad en la que te encuentres depende un ambiente tranquilo para alcanzar los fines de tu obra. Es probable que quien “nunca ha probado con la ficción difícilmente entienda rápido que, en el estudio, un escritor a menudo se siente como Dios”;⁷ desde su silla contempla la vida de otros, construye para

⁶ Mario Vargas Llosa, *Cartas a un joven novelista*, México, Alfaguara, 2011, p. 30.

⁷ Norman Mailer, *Un arte espectral. Reflexiones sobre la escritura*, Buenos Aires, Emecé, 2003, p. 85.

crear. Razón por la que te aíslas del mundo real y por la que te molestan cuando llaman a tu puerta.

Hemos de trasnocharnos cuantas veces no ocurre nada en la mente. ¿Cómo empezar?, te enfrentas a la “hoja en blanco” pero no rehúyes a ella, pasas el tiempo necesario mirándola, tratando de anotar la primera línea, aunque sigue en blanco. Éste es el momento de apartarse del teclado, de observar la vida afuera y reconstruirla.

Mi plan de trabajo abarca seis horas (no son corridas) de escritura, de lunes a viernes. Es necesario hacer un intermedio para comer y despejar la mente. Al final de la jornada diaria, se avanza de una a dos cuartillas bien trabajadas. Ya en la misma práctica logro otra más y así en dos semanas un capítulo que he de revisar con la finalidad de enmendar el texto.

Una mente descansada piensa más y escribe más. Las palabras empiezan a surgir, llegan espontáneamente, de inmediato hay que capturarlas; trabajamos impulsados por la emoción hasta que algún órgano del cuerpo nos recuerda que seguimos siendo humanos, atendemos el sueño, el hambre y volvemos a nuestra condición de creadores.

Del cuarto.

Has pensado suficiente lo que quieres contar, tienes la estructura, el narrador, el tiempo, el espacio; tus personajes están caracterizados, tienes a tu alcance los elementos que requieres para construir tu obra. Empieza a escribir con interés sin dejar de mantenerlo hasta la última página. “El principio es lugar literario por excelencia porque el mundo de fuera es continuo por definición, no tiene límites visibles [...] es también la entrada en un mundo

completamente distinto: un mundo verbal.”⁸ Cuando al fin logres la satisfacción por las horas de trabajo que planeaste, dirás: “Por hoy es todo”, con el impulso de continuar la jornada de mañana.

La historia que vas a contar llega como la enfermedad que no buscaste pero es tuya porque la tienes. Se ha apropiado de ti y tú la aceptas, aprendes a vivir con ella, a correr los riesgos del tratamiento. Tu novela es ese hijo que demanda tiempo a sus padres, en este caso a ti, su creador. De alguna manera debes ganarte la vida, tienes que trabajar y cumplir con otras muchas actividades. ¿En qué momento voy a escribir?, es la pregunta. Seguramente los escritores que conocemos tienen la vida resuelta, pero no lo creo. Si verdaderamente quieres escribir, exígete tiempo. Sea una hora la que te propongas trabajar, dedícala al máximo.

Si por alguna razón humana no trabajaste en tu proyecto, en mente tendrás tu incumplimiento. “La inquietud mental puede medirse por la cantidad de promesas que no cumples.”⁹ Desearás tomar la pluma pero una parte de tu cuerpo demanda descanso. Obedeces a tus sentidos y al día siguiente das continuidad a tus planes.

Del quinto.

No pierdas de vista tu interés principal: escribir una novela, la primera. Llamo perturbaciones a cualquier distracción que te aleja del ejercicio de tu escritura, de tu proyecto creativo, del encuentro con tu novela. Si se quiere gozar de los frutos del oficio hay que hacer pequeños o grandes sacrificios, según el valor

⁸ Ítalo Calvino, “Apéndice. El arte de empezar y el arte de acabar”, en *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Siruela, 1998, p. 126.

⁹ Norman Mailer, *Un arte espectral, op. cit.*, Buenos Aires, Emecé, 2003, p. 155.

que le des: conviene restar una hora menos entre todas las actividades banales y sumarla a las que invertirás en tu escritura.

Puede ser que hoy es un día glorioso porque brotan ideas, palabras que ayer no aparecieron, y que quizá mañana tampoco estén porque piensas en cosas del mundo real. Cuánto inquieta no escribir lo que está acosando a tu mente.

Suele suceder que después de un intenso ejercicio de construcción mental surgen las palabras y las comienzas a capturar. Ya adentrado en tu escritura, alguien toca a la puerta, te resistes a abrir, primero debes terminar la construcción de esa idea. Tan insistidos toques hacen levantarte. Regresas a la página ya escrita pero no encuentras ritmo ni conexión con lo que continúa, eso no es lo que imaginaste; borras y vuelves a empezar. Tienes la disposición de hacer más que pensar, pero alguien se suma a la lista de intervenciones imprudentes; es él, o ella, o los otros que no saben que estás trabajando en tu creación, misma en la que no existen.

También, en la condición de dios creador, lamentas las desventuras de la vida, porque se apoderan de tu mente; pero aún mantienes el interés y el impulso para seguir con tu escritura. Comprendes que hay días victoriosos y otros en los que aparece la derrota ante lo que quieres decir y no puedes escribir. A veces se alcanzan o no nuestras pretensiones de armar un capítulo en un solo día.

No está por demás decir que debes mantener el ánimo para escribir pese a las emociones con que has de enfrentarte, de éstas también surgen ocurrencias que maduras las volvemos proyectos nuevos, ingredientes para lo que ya iniciaste.

Del sexto.

Cuando hemos empezado nos damos cuenta de que lo que escribimos no nos gusta. Padecemos con el lenguaje: los personajes no se expresan como uno, caemos en excesos de palabras refinadas o muy pobres. Debemos encontrar el tono de la narración, escuchar la voz de cada miembro de nuestro elenco. Adornamos el vocabulario con palabras complicadas que buscamos por vergüenza de usar las normales, “es de lo peor que se le puede hacer al estilo.”¹⁰

La sencillez del lenguaje da limpieza al texto, las enmiendas disminuyen. Decir: “El resto de la tarde vemos dos películas de acción, que degustamos con palomitas y refresco”, no es la manera en que se expresa el muchacho de provincia. Simplemente escribe: “El resto de la tarde vemos dos películas de acción, comemos palomitas y bebemos refresco.” Que sean tus personajes los que hablen en el texto y no tú.

Leemos otros autores y nos comparamos descalificando las primeras dos cuartillas. Escribimos en constante inseguridad sin reconocer algunos de nuestros aciertos.

Por encima de los juicios que nos hacemos, debemos dar valor a nuestra obra.

Seguro de tu proyecto, escribe reconociendo y aceptando tus fallos, puedes mejorar; que el desánimo no sea tu mayor resistencia para dedicarte a este oficio. Recibir la crítica con humildad enriquece la obra, no la dejes inconclusa; busca la secuencia entre cada capítulo. Bajo ninguna circunstancia pierdas el interés por lo que escribes.

¹⁰ Cfr. Stephen King, *Mientras escribo*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001, p. 93.

Del séptimo.

Si apenas has leído unos cuantos títulos, te recomiendo que recorras el mundo literario. Lee a William Faulkner, Jorge Luis Borges, Juan Rulfo, J.M. Coetzee, Thomas Mann, Joseph Conrad, Virginia Woolf, Gustave Flaubert, Carlos Fuentes... Conoce las obras más representativas de la literatura mundial. Vuélvete un sugerente de autores.

¿Cuánto hay que leer?, creo que no hay límite. En tu formación como escritor siempre ha de acompañarte un libro que te impulse a leer más y al mismo tiempo a construir la obra que quieres. Las ideas también llegan mediante la lectura. No concibo a alguien que quiera escribir sin apasionarse por ella, o que tal acto le dé pereza, o sencillamente, no deseé contaminar su propia creación porque busca originalidad, entonces, realmente no será escritor, ¿de dónde le surgió la inclinación por el oficio? No olvides que toda obra antecede a otras, en la tuya también cabe un estilo particular, sé original.

Al igual que otros escritores, digo y confirmo que no existen reglas para escribir, es en el ejercicio de la escritura donde aprendemos cómo hacerlo. De los libros extraemos líneas de acción, ante nuestros bloqueos y técnicas que ejecutamos o reconstruimos según el propio proceso creativo. No hay que enjuiciar ninguna obra por “mal libro” que sea, de ellos se aprende a hacer y no hacer. Que tu novela sea calidad y no cantidad.

No olvides hacer lectura de los clásicos; en el momento que lleguen a ti disfrútalos, pese a los siglos que han pasado. Conviene leer los títulos de autores que reflexionan sobre la escritura, quizá Norman Mailer, Vargas Llosa, Sade, Stephen King, Ítalo Calvino y aquellos que falten por conocer. De ellos obtendrás la experiencia de ser escritor y la motivación de escribir si tienes verdadera vocación literaria.

Del octavo.

No desesperes, las palabras han de llegar, si ellas no te abandonan, no lo hagas tú. Conviene que leas, que salgas a observar el movimiento de la gente, que viajes, que tomes un descanso. Cambia de ambiente, piensa la voz de tus personajes, la del narrador; escucha cómo hablan.

Regresa al escritorio con palabras e ideas nuevas, ya no caben en tu mente, requieren un espacio en la página. Ten en cuenta que todo lo que escribas debe ser natural, nunca forzado, surgido de la historia, de los personajes que actúan a partir de la situación en la que los pongas.

Usa la imaginación, no con el fin de adornar, sino de hacer creíble todo lo que contengan las páginas de tu novela.

Cuando hayas entendido que nadie escribirá por ti, que sólo tú dirás cómo es esa creación que salió de tu cosmos imaginario, dedícate a escribir.

Del noveno.

Lograda la composición del primer capítulo continúa con el siguiente. En cuanto concluyas cada uno conviene que los leas; si estás de acuerdo con lo que escribiste, no te pondrás ninguna objeción para avanzar, en caso contrario, reconstruye hasta quedar complacido y convencido de lo que escribiste. Piensa que alguien más te leerá, tu texto deberá ser entendible. No hagas de tu mala ortografía un vicio.

El autor se da cuenta de que lo que escribe no es tal cual el mundo que imaginó. Las palabras con que lo presenta no le resultan exactas. En su propio papel de lector aprecia su texto sin interrumpirse con correcciones, aunque sabe que debe hacerlas, expresa su agrado o desagrado por algún personaje, escena, descripción, diálogo bien o mal construido. A partir de su valoración

se recomienda a sí mismo quitar o poner; en calidad de escritor trabaja en las construcciones mal cimentadas.

Convencido del desarrollo de la obra, comparte lo que escribió Stephen King: “El lector ideal también es la mejor manera de calibrar si el relato posee el ritmo correcto, y si has introducido los precedentes de manera satisfactoria.”¹¹ La mirada de los otros nos revela aquello que pasamos por alto al momento de escribir, detalles que están o faltan en ciertos capítulos. Reconoces y aceptas los fallos, tal actitud no basta, aún hay que trabajar en estos detalles. Aceptas con humildad las observaciones de tu lector a pesar de lo hirientes que puedan ser porque sabes que son ciertos y tu novela merece más.

Del décimo.

Desarrolla el último capítulo con el interés con que iniciaste el primero. Aun cuando previste el final surge la interrogante ¿cómo termino? “Como quiera que acabe, cualquiera que sea el momento en que decidamos que la historia se puede juzgar acabada, reparamos en que no es hacia ese punto adonde conducía el acto de narrar, que lo que importa está en otro lugar, en lo que ha pasado antes: está en el sentido que adquiere ese segmento aislado de sucesos, extraído de la comunidad de lo narrable.”¹²

La historia que contamos marca el inicio y el final de nuestra novela; empezaremos a narrar una mañana fresca de otoño, una noche sin luz, o a tal personaje durmiendo y concluiremos con este mismo personaje que duerme.

¹¹ Stephen King, *Mientras escribo*, op. cit., p. 170.

¹² Ítalo Calvino, “Apéndice. El arte de empezar y el arte de acabar”, en *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Siruela, 1998, p. 138.

Qué sentido tiene principio y fin si en medio de estos dos extremos no sabes qué pasa, quieres descubrir lo que está sumergido ahí.

El viaje concluye con un final abierto, el lector se hace partícipe de éste al tener la libertad de reconstruirlo y cerrar como quiera que su imaginación se lo muestre.

Estructura el final como la historia lo requiere; termina de escribir la última página gloriosa. Después de tan disciplinado trabajo, es prudente premiarte con descanso, date cita con los olvidados por ti y sigue observando el mundo real al que perteneces, trabaja en otros proyectos y comparte la emoción de haber escrito tu primera novela.

Pasado un tiempo considerable regresa a tu obra, si para cuando termines de hacer tu propia lectura sigues satisfecho de lo ya escrito, entonces no pulas nada. Hay que tener cuidado de no volvernos obsesivos de la corrección. No siempre escribiremos tan mal, la escritura madura en la práctica.

BIBLIOGRAFÍA

BAENA, Guillermina, *Instrumentos de investigación*, México, Editores Mexicanos Unidos, 2002.

BRUNO, Estañol, *La mente del escritor. Ensayos sobre la creatividad científica y artística*, México, Cal y Arena, 2012.

CALVINO, Ítalo, “Apéndice. El arte de empezar y el arte de acabar”, en *Seis propuestas para el próximo milenio*. Traducción de Aurora Bernárdez y César Palma. Madrid, Siruela, 1998. pp. 125-142.

DONATIEN, Alphonse François, Marqués de Sade, *Ideas sobre la Novela*. Traducción de Pilar Ortiz Lovillo. México, Verdehalago, 1998.

GARCÍA BERGUA, Ana, “Un mundo paralelo”, en Cristina Rivera Garza, *La novela según los novelistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007. pp. 58-61.

KING, Stephen, *Mientras escribo*. Traducción de Jofre Homedes Beutnagel. Barcelona, Plaza y Janés Editores, 2001.

MAILER, Norman, *Un arte espectral. Reflexiones sobre la escritura*. Traducción de Elvio Gandolfo, Argentina, Emecé, 2003.

McKEE, Robert, “Estructura y personaje”, en *Estudios cinematográficos: Deconstrucción del personaje*, año 10, número 28, septiembre-noviembre, 2005. pp. 9-21.

NAIPAUL, V. S., *Leer y escribir. Una versión personal*. Traducción de Flora Casas. Barcelona, Debate, 2002.

PIMENTEL, Luz Aurora, “Mundo narrado II. La dimensión temporal del relato”, en *El relato en perspectiva. Estudio de la teoría narrativa*, México, SIGLO XXI, 2002. pp. 42-58.

RIVERA GARZA, Cristina, coord., *La novela según los novelistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

VARGAS LLOSA, Mario, *Cartas a un joven novelista*. México, Ariel, 1998.

Fuentes de Internet:

VVAA, “La creación de personajes”, en *Los manuscritos perdidos. Manual para escritores*. Fecha de consulta: 05 junio de 2011. Disponible en: <http://dreamers.com/manuscritos/docs/manuales/manual004.htm>

Augusto Monterroso, “Decálogo del escritor”. Fecha de consulta: 05 de enero de 2012. (Disponible en: www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/monterr2.htm)



EL VIAJE,

Primera novela de María del Rocío Contreras Cruz,
fue presentada para obtener el título en
Creación Literaria
en el plantel San Lorenzo Tezonco de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,
el 9 de agosto de 2012, al medio día.